PEDRO MUÑOZ SECA

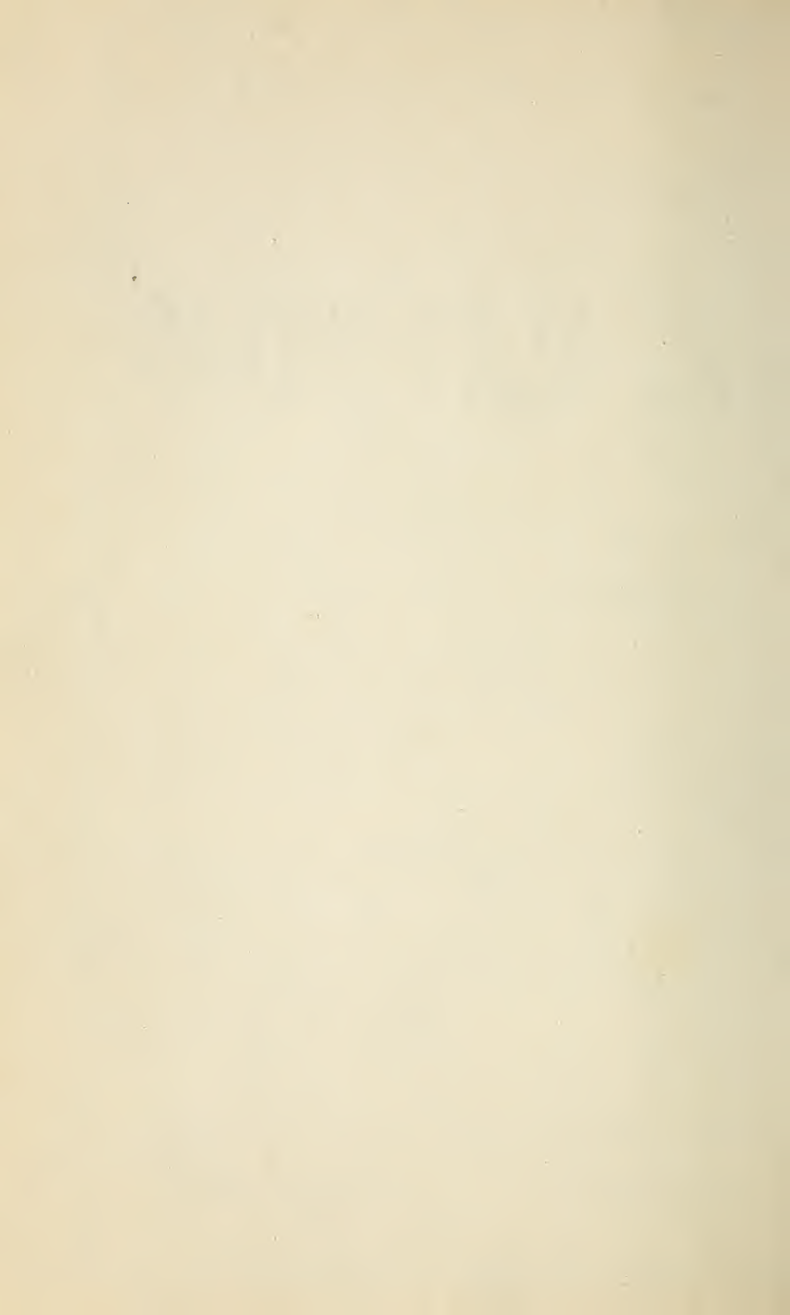
LAS ALAS ROTAS

COMEDIA

EN TRES ACTOS, ORIGINAL



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1923



LAS ALAS ROTAS

LAS ALAS ROTAS

COMEDIA DRAMATICA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

Pedro Muñoz Seca

Estrenada en el Teatro del CENTRO, de Madrid, el viernes, 23 de Noviembre de 1923.



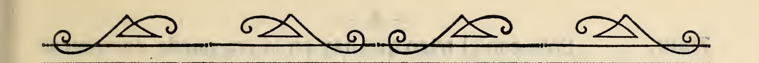
MADRID
J. MORALES, Impresor. Vinaroz, 8 (Prosperidad)
1923

A los hermanos Otamendi

NOTA.--No crea el lector que se trata de ningún número de varietés. Estos hermanos Otamendi, a los que quiero mucho, son nada menos que D. Joaquín Otamendi, el sabio arquitecto que hizo esa "pochez„ de Casa de Correos, y D. Miguel Otamendi, el no menos sabio director del Metropolitano. ¡Casi nadie!

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
REBECA	Sra. Barroso.
AURELIA	Srta. Barrón.
CANDELARIA	Sra. Cancio.
MARIQUILLA	» Llopis
SOLEDAD	Srta. Guerrero.
DAMIANA....................	» Fernández.
GERMÁN	Sr. Borrás.
DON DIMAS	» Ruiz Tatay.
DANIEL.........	» González Marín
TINAJAS	» Mesejo.
ANTOÑITO	» Domínguez (M.)
PANIZO.................. ...	» Barroycoa.
BILLARDA	» Tello.
RENDÓN.....................	» Alcón.
ZURRIMENDI	» García Ortega.
PERSEVERANCIO	(chico que no habla.)



ACTO PRIMERO

Almijar del cortijo de Los Pizarrales, propiedad de D. Dimas Quintana, cura párroco de Villaleda, aldea que se supone en Andalucía, casi en la raya de Extremadura. A la derecha (actor) primero y segundo términos, la fachada de la casa, una casa de pobre aspecto, de un solo piso, con amplia puerta practicable en el centro, En último término, el arranque de un camino que se pierde en el lateral. En el foro, perspectiva de campo en plena canícula y a pleno sol, con alguna casucha, y alguna choza, y algún macizo de árboles, y algún campo de trigo, con el trigo ya segado y apilado en haces, y alguna era, con sus montones de paja y de grano, y alguna carreta cargada y en espera de los bueyes que han de transportarla, y alguna carretera polvorienta y desarbolada que se pierde, lejísimo, como un hilo blanco... En el lateral izquierda, un gran moral presta sombra a este lado de la escena. En el primer término se inicia el comienzo de un montón de haces, denotando la proximidad de la era. Al pie del moral hay una mesita rústica, un sillón lebrijano, varias sillas viejas de anea, algún banco, un par de cántaros y un botijo de barro para poder beber a morros.

Al levantarse el telón están en escena DON DIMAS, RENDON, ZURRIMENDI y CANDELARIA. Don Dimas, de sotana y sin nada a la cabeza, tiene más de cincuenta años y es el prototipo de la afabilidad. Rendón, número, y Zurrimendi, cabo de la Guardia civil, respectivamente, son jóvenes; el primero muy andaluz y el segundo muy vascongado. Candelaria es una vieja, revieja, de más de ochenta años, pero entera, nerviosilla y, sobre todo, pulcra. Están sentados al pie del moral y mirando hacia la izquierda. Candelaria cose.

ZURR. — A este paso, pues, le quedan un par de días, de trilla, o así.

D. DIM. — Eso mismo creo.

REND. — Y bien que s'ha portao la tierra este año, don Dimas.

ZURR. Sólo con el trigo que hay en la era puede comprarse un palacio.

CAND. Ya me contentaría yo con que se comprara una sotana nueva, que bastante falta le hase. Pero sí, sí... sotanas nos dé Dios; lo que toca en casa, miseria y compañía.

ZURR. ¿Con todo ese trigo...?

CAND. Y con doble que hubiera. Que le diga a usté Rendón, que es de por acá y le conoce de antiguo.

D. DIM. Vamos, vamos, Candelaria...

CAND. Abusan de él, ¿sabe usté? Se lo llevan tó; se lo quitan tó; se lo comen por las patas.

D. DIM. ¡Qué cosas dices!

CAND. ¿Es mentira, acaso...? ¡Usté, Rendón...!

REND. Más verdá es que la lú. Y por eso no se debe usté enfadá, don Dimas; que si tó er mundo hisiera lo que usté, no estaríamos nosotros vestíos de esta manera; pero es verdá; se lo comen a usté por las patas.

CAND. ¡Eso es!

D. DIM. (*Pacientemente.*) Bueno está...

CAND. A este por esto, al otro por lo otro, que si este enfermó, que si el otro se quedó sin trabajo, que si fulanito vive desamparao porque no tiene hijos, que si menganito está ahogao, porque tiene cartose, y a este dos, y al otro cinco, y al de más allá onse, y él venga ganá er sielo, y yo, to er día rabiando como los demonios, y hasiendo milagros pá que no nos farte lo preciso. ¡Primo, más que primo...! Te he criao a mis pechos, he sío como una madre pa tí, tengo ya muchísimos años y puedo decírtelo: ¡¡Primo!!

D. DIM. ¡Ay, Candelaria, Candelaria...!

CAND. (*A Zurrimendi.*) Crea usté que se me enciende la sangre cuando veo que algunos pobres gastan lujo a su costa y, en cambio, le veo a él, que es el pudiente, con los zapatos rotos, como aquel que dice.

D. DIM. Cada cual tiene el lujo que mejor le parece, y el mío es ver contentos a los que me rodean.

CAND. ¡Eso...! Y yo, que rabie, ¿verdá? Candelaria que se repudra, ¿no?

D. DIM No le hagan ustedes caso, ella es la primera en so-

correr a quien lo necesita. Lo que le sucede hoy es que está de mal humor, porque tiene la preocupación de que a su nieto haya podido ocurrirle alguna desgracia.

REND. ¿A Germán?

ZURR. ¿Al hércules de Villaleda, como yo le llamo?

D. DIM. Le envié ayer a Valzorro, a pagar la renta de los majuelos, y aún no ha vuelto.

REND. ¡Bah!

CAND Es que quedó en gorvé antes d'anochesío.

REND. Pero ahora hay allí feria, la feria de San Luis, y está aquello muy superió. Menuda nochesita habrá pasao de bailoteo, de jaraneo y de borracheo...

CAND. Mi nieto no es capá de ninguna de esas cosas; ni de faltá a lo que promete. Dijo que gorvería antes d'anochesé, y si no ha güerto, argo grave se lo habrá impedío.

D. DIM. Vamos, Candelaria, no hay que ponerse en lo peor...

CAND. Con tanta gente mala como hay en el mundo, y llevando él miles de reales...

REND. ¡Bah! Cualquierilla le puede al mozo...

CAND. A puños, no; pero con mañas, un crío le da dos vueltas. Como nunca ha salío de acá y no está maleao... (*A Aurelia, una guapa moza, que entra en escena por el foro derecha y se dispone hacer mutis por la puerta de la casa.*) ¿Qué, Aurelia. .? ¿Has visto algo...?

AURE. (*Secamente.*) Ná.

CAND. ¿Pero has estao arriba del serro?

AURE. (*Como antes.*) Sí.

CAND. ¿Y no se distingue...?

AURE. (*Idem.*) No

CAND. Enciéndele otra vela a San Rafaé.

AURE. (*Idem.*) Bueno. (*Entra en la casa.*)

ZURR. ¡Guapa mujer!

REND. Y que está por él que pega sartos.

ZURR. ¿Es la novia quizá...?

REND. Eso quisiera ella, pero él...

ZURR. ¿Pues...?

REND. Como la ha visto cresé a su vera, más la mira como hermana que como otra cosa.

ZURR. Pues la moza bien vale la pena...

CAND. Y es buena como el pan, pá que ná le falte, pero a

este nieto mío, como le parten piedras sobre el pecho y no le hacen daño, es difícil llegarle al corazón.

D. DIM. Todo llegará, Candelaria, todo llegará... Y anda, pón a refrescar un poco de vino, que bien lo merecen los que trabajan con tanta fe.

CAND. Algunos sí que trabajan, pero otros... Fíjate en Tinaja, hasiendo siempre el que hase, y siempre sin hasé ná. Así engorda el arrastrao.

D. DIM. ¡Bah!

REND. Siempre ha sío más vago que un poste.

CAND. A mí es que me frie las tripas. Pa trabajá, el úrtimo, y pa cobrá, el primero. Y hay que pagarle en moneas de cinco pesetas, y hay que verlo cómo se tumba y prensipia a soná los duros, y en cuanto arguno tiene hoja lo degüerve disiendo que las hojas pa los árboles... Pero en esta casa (*Por don Dimas*), don... «Sensitivo», como el pobre Tinaja es viudo y tiene un hijo, le dá lástima del pobre hijo del pobre Tinaja...

D. DIM. Por cierto que tiene al chico enfermo; es preciso que le lleve al pueblo para que el médico le vea.

ZURR. Buen médico hay en Villaleda, señor cura.

D. DIM. Sí, don Francisco Cuesta.

REND. Ya lo creo, don Francisco Cuesta. En toa la provincia tiene fama. Hasta de Huerva y de Estremadura vienen a verle.

D. DIM. Para los chicos, especialmente, tiene mano de santo; chico que le llevan, chico que sana en un periquete. Ahora diré a Tinaja que se lo lleve esta misma tarde.

CAND. Miralo, acá viene. ¿Qué tendrá él que hacer aquí? El asunto es no trabajar. ¡Vago, más que vago...!

D. DIM. Vamos, ocúpate de lo del vino.

CAND. Antes quiero yo saber a lo que viene Tinaja: tengo ese capricho.

TINA. (*Un hombre joven, y con una cara de bestia que espanta entra, en escena por la izquierda, pausadamente, coge un botijo y comienza a beber a morros, que no acaba nunca.*)

D. DIM. ¡Jesús...!

CAND. ¡Qué atrocidá!

ZURR. ¡Lo que bebe!

REND. Como que por eso le llaman Tinaja.

CAND. ¡Qué bestia...!

REND. Tinaja, que te vas a opilá...

TINA. (*Dejando un instante de beber.*) Qué opilá, ni qué opilá; el agua a estas horas es jamón. (*Sigue bebiendo.*)

D. DIM. Pero, hombre de Dios, ¿no comprendes que ahora vas a sudar más?

TINA. (*Dejando de beber, pero sin soltar el botijo.*) Sí, señó, si por eso bebo, don Dimas, pá sudarlo. (*Bebe.*)

D. DIM. ¡Ah! ¿Es para eso...?

TINA. Claruqui. Sudá lo que se bebe no es malino; lo malino es sudá lo que no se ha bebío. Porque, mirusté, sudá, hay que sudá; porque en verano hay que sudá, y cuando se suda sin haber bebío, pues suda uno los globos blancos de la sangre y la materia que tiene uno dentro, y yo no sudo mi materia por ná der mundo, de mó que a farta de otra cosa, me echo agua hasta que se me ajogan los pensamientos. (*Sigue bebiendo.*)

CAND. Bueno, pondré a refrescar el vino pa orsequiá a la gente.

TINA. (*Dejando de beber, que casi se le cae el botijo.*) ¿Pero van a dá vino...?

CAND. Claro.

TINA. (*Soltando el botijo.*) ¡Mardita sea mi sombra cuadrá...! ¿Y aonde me meto yo ahora er vino?

CAND. Usté verá.

TINA. Ya podía usté habé avisao, señora...

CAND. ¡Bah...! (*Entra en la casa.*)

TINA. Que la tié tomá conmigo, señor cura, que no me pué tragá.

D. DIM. Nada de eso, hombre. Tal vez no le seas muy simpático...

TINA. Lo mesmo da «cogélo» que «agarrálo». El asunto es que no me jáma. ¡Mirusté que habiendo vino...!

ZURR. No se preocupe, hombre; el agua la suda enseguida o así. Con el calor que hace...

TINA. ¿Caló?

REND. Aquí Zurrimendi, como es de Hernani, no está acostumbrao a las calores y cree que esto es el mársimun.

TINA. Quite usté, señó; Villaleda es un «endén». ¡Así como

suena, un «endén». Como está en arto, hay siempre brisas montunas. Claro que ar só y en la era, se suda, pero a la sombra, un «endén.» Pa caló mi pueblo, Esija. Aquello sí que arde. Con tomisa hay que amarrarse la ropa, porque sale uno a la calle y se le derriten a uno tós los botones, hasta los de náca. En Esija he visto yo a los gorriones quitarse las plumas pa quearse más frescos. No lo va usté a creé, pero las gallinas ponen los huevos pasaos por agua. (*Ríen.*)

D. DIM. Lo que exageras, Tinaja.

TINA. ¿Que desagero...? Mirusté, en la prosesión de San Juan, del año antipasao, estrenaron un santo nuevo, que llevaron de Sevilla; un San Juan de pasta, muy pintaíto y muy jacarandoso. Con su braso estirao y su deo tieso, y en cuanti que le dió er só de frente, medio se derritió, y cuando gorvió a la iglesia, iba cargao de espardas, con er braso caío y con er deo pá abajo, como disiendo: «Hasé er favó de llevarme ar sótano, que estará más fresco.» (*Ríen todos.*)

D. DIM. Bueno, anda, anda, anda.

TINA. ¡Es mucho Esija...!

D. DIM. Me han dicho que tienes al chico enfermo.

TINA. Sí señó, don Dimas.

D. DIM. ¿De qué se queja?

TINA. De que le duele aquí, sarva sea la parte, y ustés perdonen er mó de señalá... (*Indica el lado derecho del vientre.*) A lo mejó es un flátido. Antoñito Sanguijuela, que sabe argo de eso, porque cuando sirvió ar Rey tenía el cuarté frente al hespitá, dise que como mi niño, botón que vé, botón que se traga, a la cuenta se l'ha irritao una tripilla de ná, que cuasi tós tenemos aquí, y que le disen el «índises.»

REND. Qué «índises»; el «apindesis».

TINA. Eso é, el «apindesis.»

ZURR. ¿Qué edad tiene el chico, pues?

TINA. Onse años.

ZURR. ¿Y a esa edad se traga los botones?

TINA. Anda, pues antes se tragaba también las perras chicas; que desde entonces le llaman como le llaman, porque como después de tragárselas las echaba...

pues la gente, en su inmoralidá, dió en llamarle... eso; ya usté me entiende: ersetera... perras.

ZURR. Comprendido.

TINA. ¿Qué m'aconseja usté que haga con é, don Dimas?

D. DIM. Pues que lo lleves a Cuesta.

TINA. ¿Eh?

D. DIM. Con un par de días que lo lleves a Cuesta volverás a verle bueno y sano.

TINA. Pues lo llevaré, sí, señó. Ya usté sabe que yo soy argo arrimao a la cola, porque no m'han dao prinsipios, pero soy sumiso, y, tratándose de mi niño, no perdono ná.

D. DIM. Así debe ser.

TINA. Ahora que... vamos, a mí m'asarta un pensamiento; porque es lo que yo digo: teniéndolo que llevá a cuesta... mucho no voy a podé trabajá, don Dimas.

D. DIM. Hombre, tú haz lo que puedas y cuando puedas, y nada más.

TINA. ¡Ole!

D. DIM. La salud de tu hijo es lo primero.

TINA. Pues no hay má que hablá. Muy agradesío.

D. DIM. Anda, llama a esos para que descansen y vengan a echar un trago.

TINA. Sí, señó. (*Gritando hacia la izquierda.*) ¡Toñitooo...! ¡Panisooo...! ¡Vení tó...!

ZURR. ¿Quién es Benito?

TINA. No he dicho Benito, en er sentío de Benito, «prenombre de persona», sino en er sentío de vení tós, que no es lo mismo, sólo que gritando no pué uno conjugá la ese. (*Muy satisfecho.*) ¿Eh, don Dimas? ¿Me se notan las lersiones que me da usté toas las noches?

D. DIM. ¡Ya lo creo!

ZURR. (*Levantándose y disponiéndose a marchar.*) Bueno, señor cura, hasta otro rato. ¿Vamos, Rendón?

REND. Andando.

D. DIM. ¿Ya se marchan?

ZURR. Tenemos que dar una vuelta por los Encinares.

D. DIM. Pero ¿No echáis un trago?

ZURR. Nosotros preferimos sudar los globos blancos, o así, como dice Tinaja.

REND. Si en vez de vino fuera sidra, ya sería otra cosa.

ZURR. (*Surpirando.*) ¡Ay...! No me lo recuerde. Ea, buenas tardes.

REND. Salú.

D. DIM. Adiós.

TINA. Vayan con Dió. (*Se van Zurrimendi y Rendón por la derecha, último término.*) Veo un «iniforme» y me bailan los interiores de gusto. La ilusión que yo tengo con sé lo que quiero sé. ¡Josú!

D. DIM. ¿Quieres ser guardia civil?

TINA. No señó, es mu poco sosegao y mu comprometío. Lo mio es más mejón: guindilla.

D. DIM. ¿Eh?

TINA. Guardia munisipá.

D. DIM. Ah, vamos...

TINA. ¡Eso es un empleo...! Mi iniforme, mi sable, una esquinita pa apoyá las espardas, y... ¡viva Dios! ¡Er día que yo lo consiga...!

ANT. (*Un gañán muy bruto, entrando en escena por la izquierda.*) ¿Es que hay de bebé, Tinaja?

TINA. Hay de bebé.

ANT. ¡Ole! (*Gritando hacia la izquierda.*) ¡Acudí...! Que... (*Indica por señas que hay de beber.*) Dios se lo pague asté, don Dimas, porque con er porvillo de la era, lo que toca yo, tengo en er gañote un tabique.

PAN. (*Otro gañán, joven también, seguido de Billarda, hombre ya maduro, y de Soledad y Mariquilla, dos muchachas.*) ¿Ande está la bebía?

TINA. (*Al ver salir a Candelaria con unas botellas.*) Aquí jumea.

BILLA. ¡Olóle...!

ANT. Venga d'ahí, agüela.

CAND. Ahora Aurelia sacará los vasos.

ANT. ¿Vasos? ¿Pa qué tanto cumplío, señora? Dá iguá en la botella.

CAND. Eso quisieras tú, borrachón. (*Risas. A Aurelia, que entra en escena con unos vasos.*) Trae acá. (*Comienza a llenar los vasos.*) Tomá ustede, niñas. (*Beben Soledad y Mariquilla.*)

BILLA. ¡Eso...! Primero las mujeres, mu bonito.

CAND. Claro, que primero las mujeres, pues no fartaría más.

BILLA. ¿Y por qué ha de sé primero las mujeres?

TINA. Hombre, Billarda, por aquello del serso.

BILLA. Pues cá uno tiene er suyo, y si ellas son «feminino», nosotros somos lo otro, como se diga.

ANT. «Mayusculinos»

BILLA. Eso.

CAND. (*Dándole un vaso.*) Tome usté hombre, tome usté.

PAN. (*Paladeando.*) Y que éste no está bautizao.

D. DIM. Yo no bautizo más que en la Iglesia.

TINA. ¡Josú, qué güeno está...! Esto es vino y no lo que le dió esta mañana a su gente Ochotecos, er de la era de ahí ar lao, que era vinagrá. ¡Valiente tío! Mucho ateísmo, mucho comunismo, y en lugá de vino, vinagrá. Atravesao le tengo yo dende que sé que nos llama catetos. ¿Catetos nosotros, mardita sea su sangre.. ? ¿Y sabe usté cómo le llama a esta era...? Pos dise que como es de un cura, ésta es la era cristiana.

D. DIM. No está mal, hombre, no está mal.

TINA. ¡Como yo me lo ehe a la cara...!

SOLE. Señor cura, ¿qué fiesta vamos a tené este año, cuando se arremate la trilla?

D. DIM. Ya veremos, mujer, ya veremos.

MAR. Oiga usté, ¿trairá usté fuegos artifisiales, como el año pasao?

D. DIM. Si lo quieren ustedes...

TODOS. (*Menos Aurelia, que está pensantiva en un extremo de la escena.*) ¡Sí, sí...!

BILLA. ¡Olóle!

ANT. Hombre, y que haiga de esos «codetes» que suben primero y luego bajan echando lagrimones...

SOLE. ¡Ay, sí; de esos, que son muy bonitísimos!

MAR. Cuando yo era chica, me decía mi madre que esas luses de colores eran lagrimitas de la Virgen, que cuando veía dende er sielo los fuegos artifisiales se figuraba que er pueblo estaba ardiendo, y como es tan buena, pues lloraba.

CAND. Herejías que desía tu madre, porque la Virgen ya no llora, ¿verdad?

D. DIM. Bastante lloró mientras estuvo en este pícaro mundo. Pero si la Madre de los pecadores continuase sujeta a la ley del dolor y llorase todavía, sus lágrimas, cuando cayesen del cielo, serían eso que a vos-

otros os parecen fuegos artificiales: gotas de luz, piedras preciosas, esmeraldas, rubíes y brillantes arrancados para sus ojos de la corona del Rey de los reyes.

CAND. *(Entusiasmada.)* ¡Huy, qué pico tiene!

TINA. *(A Don Dimas.)* Usté debía de sé Papa por lo meno.

BILLA. *(A Tinaja.)* ¡Cobero!

TINA. *(Amenazador.)* ¿A mí...?

D. DIM. Vamos, vamos...

ANT. *(A Aurelia, que continúa agena a cuanto ocurre a su alrededor.)* No pienses más en eso, mujé; si él no vuelve, otro vendrá que te tenga más ley.

AURE. *(Despectivamente.)* ¡Déjame ya!

ANT. ¡Lo que toca ese...!

AURE. ¿Eh?

ANT. ¡Figúrate...! ¡No haber vuelto cuando prometió, llevando dineros que no eran suyos y habiendo tanto mundo que vé...!

AURE. *(Levantándose de un salto.)* ¿Qué te figuras tú, mal pensao...?

CAND. *(Con ira.)* Si dises eso otra vez, te arranco la lengua Mi nieto es cien veces más honrao que tú.

ANT. Yo no invento ná, repito lo que desian anoche en la taberna del pueblo.

D. DIM. En la taberna había de ser donde se inventara esa calumnia. Yo no siento la menor inquietud por la tardanza de Germán. Si no está ya de vuelta, no será por nada que afecte a su honradez. Y otra vez tén más cuidado con lo que hablas, que una mala lengua puede hacer más daño que un puñal. Peor que quitarle a un hombre la vida, es quitarle la honra.

ANT. Yo no he querío hacerle daño a nadie, señor cura, y menos a él, que es un güen amigo mío. He dicho un desí, por desí, y ná más. Como Germán es tan arrimao a la cola y tan incurtivo...

D. DIM. Pero es bueno. Germán es lo que la tierra inculta, una cosa áspera, bravía, pero fuerte y sana a la par, una tierra que guarda en su seno el gérmen de cuanto ambicione sacar de ella quien sepa cultivarla, aunque no necesite del cultivo para ser fuerte y hermosa. Todo hace falta en este mundo. El campo no pide solo frutos y espigas, que alimenten a los

hombres; quiere también yerbas y malezas que sustenten y den abrigo a los bichos montaraces. Todos tenemos que vivir, porque todo ha sido criado por Dios para que viva... Hubo un gran santo que no hablaba nunca de los animales, ni aun de las fieras, sin llamarles hermanos.

ANT. (*Guasonamente a Tinaja, dándole un manotazo.*) Hola, hermano...

TINA. ¡Te ví a dá un guantaso...!

AURE. (*Que miraba hacia el foro derecha, muy contenta.*) ¡¡Germán!!

CAND. ¿Eh...? ¡Ay...! ¡Sí...!

D. DIM. ¡Gracias a Dios!... ¿Estáis viendo...?

TINA. Claro, hombre, si es éste...

PAN. (*Temeroso.*) Oye, tú, que a mí no me metas...

GERM. (*Un hombre como de treinta y tantos años, alto, ancho, fuerte, con cara aniñada y abrutada a la vez, abrazando a Candelaria.*) ¡Abuela...!

CAND. ¡Hijo!

BILLA. Chavó, ni que viniera de Melilla.

GERM. Buenas tardes, don Dimas y la compaña.

D. DIM. Ven con Dios, hombre, ven con Dios. Ya tenías a Candelaria asustada.

CAND. Sin sosiego tó er santo día. ¿Te ha pasao argo?

GERM. ¿Pasá? ¿Qué podía pasarme, agüela?

CAND. Qué sé yo, hijo, qué sé yo... tantas cosas puén pasarle a uno...

GERM. (*A Don Dimas.*) Aquí tié usté usté su resibo. (*Se lo dá.*)

D. DIM. Muchas gracias.

GERM. El arministraó, por llevarle los dineros, me dió un duro.

ANT. ¡Gachó!

GERM. Y yo lo tomé.

D. DIM. Muy bien hecho.

GERM. En la vieja lo he empleao. (*Dándole una pequeña cajita.*) Tome usté. (*Gran curiosidad en todos.*)

CAND. (*Sacando de la cajita unos pendientes dorados bastante grandes.*) ¡Josú...!

SOLE. ¡Unos sarsillos...!

MAR. ¡Huy, qué bonitos...!

CAND. ¿De oro, Germán?

GERM. De oro.

ANT. ¡Ojú...!

TINA. ¿Y has comprao argo más?

GERM. Esto. (*Saca uno de esos globos que tienen un pito muy chillón, lo infla un poco y lo hace sonar. Todos ríen.*)

TINA. Hombre, dámelo pá mi niño.

GERM. Pa él lo he traío. Toma.

TINA. ¡Ole...! Se lo ví a llevá ahora mismo. Tengo que arrecogerlo, porque me ha dicho Don Dimas que lo tengo que llevá dos días a cuesta, porque anda argo malucho. ¡Lo que se va a alegrá. (*Haciendo mutis por la izquierda llamando.*) ¡Perseveransiooo...! (*Vase.*)

D. DIM. Y todavía no nos has dicho por qué has retrasado la vuelta.

GERM. Por mó de los titiriteros.

CAND. ¿Eh...? ¿Qué titiriteros son esos?

GERM. Unos que he conosío en Valsorro y que han venío acompañándome hasta el cruse del camino. En el paraor de la carretera s'han quedao descansando. Nos hemos hecho amigos. Por eso no gorví ayer. Ellos paraban en la mesma posá en que entré yo a echarle un pienso a la mula, y en cuanti oí desí que por la noche había función, me dije: «Pos yo no me la pierdo...» ¡Digo! ¡Con lo que a mí me gustan los títeres y las cosas de fuerza...!

D. DIM. Vamos, que has echado una cana al aire.

GERM. Sí, señó. ¡Y lo que me divertí...! No se creáis ustedes que se trata de titiriteros suertos, como los que vienen ar pueblo argunas veses; es una compañía «corbática.» Así lo dise un carté que ellos llevan: Compañía «corbática», prosediente del sirco de París, de Madrí.

BILLA. ¡Chavó!

ANT. ¡Ojú!

GERM. Son tres: una mujé y dos hombres. ¡Y qué cosas hasen, María Santísima...! Ella pone un pie sobre la cabesa de cá uno de ellos, y así se pasea por la plaza.

PAN. ¡Camará!

GERM. Luego, uno de los dos, el que tiene más fuersa, pone el brazo asín... (*Extendiéndolo.*) y la sostiene a ella con la cabeza pá abajo y los piés pá arriba.

CAND. ¿Es posible?

SOLE. ¡Ojú, Mariquilla...!

GERM. Pos eso no es tó, porque ella hase después otra cosa que tié más mérito.

ANT. ¿Cuál, tú?

GERM. Adivinarle a uno lo que está pensando.

CAND. ¿Sin que se lo diga?

GERM. ¡Claro!

MAR. ¡Chavó...!

SOLE. ¡Ojú...!

BILLA. ¡Camará...!

PAN. Eso no pué sé, Germán.

GERM. A mí me lo adivinó.

ANT. ¿Cómo fué, hombre? Cuéntalo...

GERM. Verás. Ella se pone como adormesía, y entonses uno de sus compañeros agarra a cuarquiera, al que está más a mano, y le pregunta, teniéndolo cogío: «¿En qué está pensando este hombre...?»

SOLE. ¡Huy, qué mieo...!

GERM. Cuando me agarró a mí, contestó ella sin pararse: «Está pensando en una mujé.»

AURE. (*Que siempre, en segundo término, contempla a Germán.*) ¿Eh...?

GERM. Y era verdá, porque precisamente estaba yo pensando en ella. Aluego... ¡Josú...! Me averiguó los dineros que yo tenía en er pico der pañuelo y los sigarros que llevaba en la petaca, y tó lo que quiso.

CAND. ¡Qué barbaridad!

GERM. Allí desían que eso se llama hipopotismo.

D. DIM. Se llama hipnotismo, y es una cosa mala, que debería estar prohibida cuando se practica de verdad. Ahora que en este caso...

CAND. ¿Pues sabes lo que te digo? Que has hecho muy mal en juntarte con titiriteros, que suelen ser gente de mal vivir.

GERM. No diga usté eso, agüela. Esta es gente formá... Sobre tó ella. Anoche, después de la funsión, estuvimos los dos hablando mucho tiempo, y l'aseguro que esa mujé es más güena que er pan.

AURE. (*Acercándose.*) ¿Hablastes con ella...?

GERM. Hasta cuasi el clareá.

SOLE. ¿Y qué te dijo, dí?

GERM. Ya no me acuerdo. Muchas cosas... Pero no es lo que dise, sino el mó de hablá, y más que ná, los ojos, porque... ¡tié unos ojos...! Cuando mira, parese que se te mete dentro la mirá y te llega hasta er corasón, y allí busca y rebusca por tos los rincones. Es una mirá como de reina, que te dise: «tú tiés que jasé lo que yo te mande...» Si esa mujé me dijera a mí mirándome: «tírate por un barranco», me tiraba, ¡vaya si me tiraba...! ¿Ostés ven lo que se clava el arao en la tierra, que ajonda y ajonda...? Pos así se clavan en uno sus ojos, ajondando, ajondando...

AURE. (*Con enojo, casi con rabia.*) Ni que te hubiera hechizao la titiritera...

PAN. (*Por Aurelia.*) A ésta le ha escosío.

AURE. ¿A mí...?

CAND. (*A Germán.*) Tú eres un bobalicón, ¿te enteras? Un bobalicón. Buena estará esa pájara... Una mujer que anda rodando por el mundo con dos hombres, sin que ninguno sea su marido... porque apuesto una mano a que no está casá como manda Dios.

GERM. Güeno; ella no estará casá, pero tampoco...

CAND. ¿Qué?

GERM. Que es usté mu mal pensá, agüela... Esa mujé es una artista de la Compañía «corbática», y ná más.

CAND. Tú sí que eres un infelí. ¿Crees que una mujé pué viví sola con dos hombres, sin tené que vé con argúno de ellos... o con los dos?

BILLA. Naturá.

PAN. Ahí duele.

GERM. ¿Con los dos...? Calle usté, que ahora soy yo er mar pensao.

SOLE. ¿Eh?

GERM. Pué que tenga usté rasón, porque ellos están a matá. Anoche tuvieron una cuestión y tiraron de herramienta y tó, que si no es por mí...

CAND. Claro; ella metería cizaña...

GERM. (*Airadísimo, pero conteniéndose.*) ¡No, no...! ¡Ella es güena, agüela...! No hay que calumniarla... Está con esos hombres porque tié que ganarse la vida.

AURE. ¿Y no pué ganársela de otra forma?

GERM. ¿Pá qué si es eso a lo que l'ha tomao afisión? Cuando hablamos me dijo que ella se güerve loca por las

cosas de fuersa, que es lo único que le gusta en los hombres... Por eso, tar ves, al que prefiere de sus compañeros, es al que se descoyunta, que es el más forsúo, al que la sostiene con el braso... (*Riendo.*) Lo que se reía cuando yo le dije que tenía, por lo menos, tanta fuersa como él... No quería creerlo... Fué menesté que echáramos un purso los dos pá que se convensiera...

AURE. ¿Pudistes más?

GERM. Tres veses seguías... y eso que, aunque no es hombre que lo aparente, tiene el brazo de hierro.

ANT. ¡Ojú!

GERM. ¡Lo que ella se asombró y lo contenta que se puso.... Parmoteaba riyéndose, y desía, que yo debía de irme con ellos y que acabaría siendo una notabilidá corbática...

CAND. ¡Tendría que ver...! ¡Tú convertío en titiritero...!

GERM. ¿Por qué no, si tengo más fuersa que naide?

CAND. ¿Serías capaz de abandonarme...?

GERM. A usté no había de fartarle na ar lao de don Dimas, yo mientras, pos veía mundo, y...

CAND. (*Aterrada.*) ¡Josú!

D. DIM. No digas disparates, Germán. Se te han subido los títeres a la cabeza.

GERM. Pero ¿no le parese a usté naturá que yo quiera salí de estos cuatro terrones? ¿Qué es un hombre metío aquí toa la vía, vamos a vé? Lo mesmo que una bestia, mal comparao...

D. DIM. ¡Germán...!

GERM. No trabaja más la yunta que el gañán que la lleva. Y venga sol, y venga lluvia, y venga tiritá en Diciembre, y venga sudá en Agosto. Y tó, pa qué, ¿me quié usté desí? Pa comé unos chícharos en invierno y un gaspacho en verano, sin difrutá de ná; porque aquí no hay títeres, ni bailes, ni mujerío, ni ná.

ANT. Dise mu bien.

PAN. Claro que sí...

CAND. ¡Dios mío de mi vida...! (*A Don Dimas.*) ¿Pero tú oyes esto?

ANT. Déjelo usté agüela, que viene superió.

SOLE. (*Muy ofendida.*) Desí que no hay aquí ni mujerío...

GERM. Mujer, no lo digo por ofender a naide, pero ¿cómo

vais vestías ustedes, la mosas de acá? ¿Me querís desí?

CAND. Con mucha desensia.

GERM. ¡Bah...! Ahí con unos zagalejos de ná, que cuando más, huelen a tomillo... Mientras que Rebeca, la titiritera, vá vestía con un traje de plata y oro y güele a una cosa muy fina, que llaman «pancholí...» ¡Josú! Dende ayé tó me güele a lo mismo... Me parese que tengo metío aquí el oló, como me parese también que tengo metío el brillá de aquellos ojos... Cuando me mira una persona, cuarquiera que sea, creo que es ella la que me mira... ¿Usté ve agüela, que ahora mismo estoy hablando con usté y estamos mirándonos? Pos me está paresiendo que no son los ojos de usté los que están clavaos en los míos, sino los de ella... y, vamos, no será porque tengan ustés paresío, ni porque s'haiga untao de pancholí... ni porque yo tenga malas tentasiones, tratándose de usté... *(Ríen Panizo, Antoñito y Billarda.)*

CAND. ¡Pero cuántas barbaridades...!

AURE. (*Que asombrada de oir a Germán, ha llegado al lado de don Dimas, como buscando su protección.*) ¡Don Dimas...!

D. DIM. En efecto, no pueden decirse más desatinos en menos palabras. Nunca te he creído muy inteligente, pero tampoco pensé que estabas tan falto de mollera... ¡Mira que querer irte por esos mundos de Dios dejando a esta pobre vieja, porque has visto a una mujer vestida con lentejuelas de plata...! Con lentejuelas se cazan las alondras, pero las alondras tienen más disculpa que tú, porque a ellas el brillo del metal les parece agua clara, que les brinda frescura; mientras que a tí esos oropeles no te brindan más que vicios y pecados...

CAND. ¡Muy bien dicho...! ¡Eso es!

D. DIM. ¿Que las mozas del pueblo huelen a tomillo campestre...? Pues hay nada más agradable a los sentidos, ni más grato al alma que el olor a tierra generosa y fecunda? ¿Cómo vas a comparar ese perfume que hizo Dios, para que nos recreáramos aspirándolo, con otros más fuertes que inventaron los hombres, tal vez para ocultar tras ellos la podredumbre...?

SOLE. ¡Eso!
MAR. ¡Así...!
GERM. ¡Tú te callas!
MAR. ¡No me da la gana!
GERM. (*Despectivo.*) ¡Ah...!
D. DIM. ¿Que trabajas...? ¿Y a qué hemos venido todos al mundo sino a trabajar? Ni creas tampoco que tu labor es la más dura de todas. El sudor que derramas está compensado por la paz de tu vida, sin angustias ni preocupaciones, por la tranquilidad de tu sueño, sin inquietudes ni zozobras. El trabajo del campesino no es de bestias, como tú crees, sino de hombres, y acaso de los hombres que cumplen la misión más alta que hay que cumplir... El que saca de la tierra el pan que comen las criaturas es el primero de sus bienhechores, porque es el que alimenta al mundo, es el que sosti ene la vida, es el que más contribuye a la obra de Dios.
PAN. Eso es verdá.
BILLA. Más verdá que la lú.
ANT. Primero que naide, mosotros; eso es.
GERM. ¿De mó que yo, con toa la fuersa que tengo, no sirvo más que...?
D. DIM. Tú no sirves más, y es bastante, que para vivir en el terruño en que has nacido, fecundándolo con tu sudor, y buscando en él a la compañera de tu vida. (*Aurelia baja la cabeza avergonzada.*) ¿Lo oyes bien?
ANT (*Tosiendo guasonamente.*) ¡Ejem, ejem!
GERM. (*Queriendo poner término a la conversación.*) Bueno está.
CAND. Ya lo has oído; te lo dice don Dimas y te lo digo yo.
GERM. (*Malhumorado.*) ¡Basta ya, agüela...! ¡Basta ya...!
TINA. (*Entrando en escena por la izquierda con su hijo a cuestas. El hijo, Perseverancio, es un chicarrón de ocho años y viene tocando el pito que trajo Germán.*) No toques más, niño, que va a creé la gente que soy un artomóvi... Ya lo llevo a cuesta, señor cura.
D. DIM. Muy bien, hombre.
TINA. Pesa lo suyo, ¿sabe usté? Pero yo, obedesé y ná más. ¿Puedo sentarme?
D. DIM. Sí, hombre.
TINA. Ya eso es un respiro. (*Se sienta, siempre con el chico*

a cuesta. A Billarda.) Dos diitas asina, compare, de peana der niño.

BILLA. Chavó.

TINA. ¡Qué le vamo a hasé! Donde hay patrón no manda marinero. Lo que más me preocupa es que ar bebé agua en er botijo, con er peso de la criatura, me voy a dí de esparda y lo ví a estrujá. (*Suenan dentro unos gritos y unas voces.*)

TODOS. ¿Eh...?

D. DIM. (*Mirando hacia la derecha, ultimo término.*) ¿Qué sucede...?

DAMI. (*Entrando, asustadísima y nerviosísima, por dicho lugar.*) ¡Ay, Dios mío de mi arma...! ¡Vení tós...! ¡Acudí tós...!

D. DIM. ¿Qué ocurre?

DAMI. ¡Ay, Virgen santa...! Dos hombres que se están matando

PAN. ¿Dónde?

DAMI. Ahí, en el paraó de la carretera... (*A Germán.*) Son esos titiriteros que llegaron contigo hase un rato.

GERM. ¿Eh...?

DANI. Se pusieron a reñí, por causa de la mujé que va con ellos, y uno l'ha pegao al otro una puñalá que debe haberle partío er corasón... (*Vase Tinaja con el chico, seguido de Panizo.*)

GERM. ¿Qué estás disiendo...? Vamos.

D. DIM. (*Resueltamente.*) Sí...

(*Cuando se disponen a salir entra precipitadamente Rebeca. Es una mujer joven y bonita, de facciones algo duras, de ojos brillantes y mirar profundo... Viste un viejo traje de colorines con adornos de plata y oro.*)

REBE. (*Temblorosa, asustada.*) ¡Socorro...!

GERM. ¡¡Rebeca...!!

REBE. ¡Ocúlteme, por Dios...! ¡Quiere matarme...!

D. DIM. Pero ¿quién?

REBE. ¡El...! ¡Daniel...! El que ha matao a Sergio...

GERM ¿Le ha matao?

REBE. (*Viendo el cielo abierto, al notar la presencia de Germán.*) ¡Ah...! ¡Tú...! (*Corre a él y casi se echa en sus brazos.*) ¡Tú eres fuerte, tú me salvarás...!

GERM. (*Contemplándola emocionado.*) ¡Mujer...!

REBE. ¡Defiéndeme...! ¡Defiéndeme, por Dios...!

D. DIM. Tranquilícese, pobre mujer. A nuestro lado está segura.

DANI. (*Un hombre hercúleo, algo cobrizo y de aspecto siniestro, entrando en escena por el último término de la derecha, con un puñal en la mano.*) ¿Dónde está esa mala hembra?

GERM. (*Deteniéndole con el gesto.*) ¡Alto ahí!

DANI. Dejadme, que la Guardia civil viene en mi busca y tengo que matarla antes que me encuentre...

GERM. ¿Qué es eso de matá? (*Le sujeta por un brazo.*)

DANI. Lo que he hecho ya con su amante, lo tengo que hacer con ella... ¡Suéltame...!

GERM. (*Sin soltarle.*) Mirusté, amigo, si le siguen a usté los pasos y quiere usté salvarse, váyase aonde puéa, que acá no tenemos obligasión de prenderle; pero no güerva a desí ni en broma que va a matá a esa mujé, porque eso es harina de otro costá.

DANI. ¿La defiendes?

GERM. La defiendo.

DANI. No me extraña... Ya os ví hablar anoche... Suéltame y déjame el paso libre.

GERM. ¡No!

DANI. ¡Suéltame, si eres hombre!

GERM. (*Soltándolo de un empujón.*) Ya lo estás.

REBE. (*Safocando un grito de terror.*) ¡¡Ah!!

GERM. Pero a esta mujer no se acerca ni el Rey que viniera con toa su tropa.

DANI. Quítate de delante. Como no te quites, te mato a ti también.

GERM. ¿A mí...?

D. DIM. ¡Paz...! ¡Paz, por Dios...!

AURE. ¡Germán...!

CAND. ¿Vas a comprometerte, hijo mío?

GERM. No asustarse... A estos valientes los arreglo yo en un momento.

DANI. ¿Cómo...?

GERM. ¡Así! (*Se abalanza sobre él, le quita el puñal, le derriba y le sujeta contra el suelo.*)

DANI. ¡Canalla...!

GERM. Tú lo has querido. Ahora, avisá a los civiles. De

aquí no se mueve este asesino. (*Antoñito y Damiana se van por la derecha.*)

DANI. ¡Suéltame...! ¡Suéltamé...!

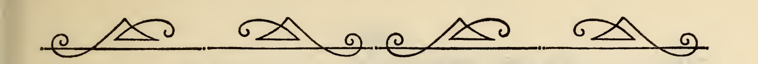
AURE. Ayudadle entre tós, por si acaso.

GERM. ¡Pa qué, si yo tengo más fuersa?

AURE. ¿Pero...?

GERM. Anoche echamos tres pursos y se los gané... (*Levantándose y poniéndole un pie encima.*) Ahora, y defendiéndola a ella... si trata de levantarse... con mis manos le arranco el corazón. (*Telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Comedor en casa de Don Dimas. Muebles de una gran sencillez y con la inconfundible pátina de los años. En el primer término de la derecha, una puerta. En segundo término, el arranque de una escalera que se pierde en el lateral. Un balcón en el foro. A la izquierda, último término, galería que simula conducir a las dependencias de la casa. En el primer término de este lateral, otra puerta. Es de noche. La escena, perfectamente iluminada. Además del aparato de luz que pende del techo, hay otro portátil sobre la mesa del comedor. El balcón del foro, abierto de par en par, dejará ver el ramaje de unos álamos blancos, y por entre el ramaje, el claro cielo de una noche de luna.

(*Al levantarse el telón están en escena AURELIA, CANDELARIA, MARIQUILLA, SOLEDAD, DON DIMAS, TINAJA, ANTOÑITO, PANIZO Y BILLARDA. Candelaria hace calcetas y da de cuando en cuando una cabezada hasta que queda dormida. Aurelia va y viene por el corredor de la izquierda trayendo de la cocina los platos, los vasos y los cubiertos que sirvieron para la comida. Billarda, un poco separado de los demás, fuma tranquilamente y los restantes, sentados a la mesa y presididos por don Dimas, dan clase de Historia Sagrada y de Catecismo.*)

D. DIM. — Empecemos por la Historia Sagrada. Vamos a ver, Tinaja...

ANT. — (*Dándole un codazo a Tinaja, que está medio dormido.*) ¡Tinaja!

PAN. — (*Dándole un manotón.*) ¡Tú!

SOLE. — Espabila...

TINA. — ¡Ole! ¿Es a mí?

D. DIM. — Vamos a ver.

TINA. Sí, señó, venga d'ahí.

D. DIM. ¿De quién era hijo José?

TINA. De Fernando Gómez er Gallo. (*Risas.*)

BILLA. ¡Ojú!

CAND. ¡Qué animal!

PAN. ¿Será bestia?

D. DIM. Dejadle, dejadle; estaba adormilado y no se ha hecho cargo...

ANT. Que estamos en la Historia Sagrá, hombre.

TINA. Pos haberlo dicho, señó... Uno está pensando en sus cosas... y como pá mí, José, no ha habío más que uno...

D. DIM. Bueno, bueno; vamos a ver. ¿Sabes o no sabes de quién era hijo José?

TINA. ¿Cuá José? ¿Er santo «Patridarca», padre de Dió, o sea er Dios Padre, o el otro de la capa?

D. DIM. El de la capa.

CAND. ¡Qué brutísimo es...!

TINA. (*A Candelaria.*) Pos usté tuvo un marío que se sonaba las narises con dos piedra, de mó que lo mesmo dá cogélo que agarrálo.

CAND. ¿Quién te ha dicho a tí...?

D. DIM. (*Imponiéndose.*) ¿Vamos a callar?

CAND. (*Refunfuñando.*) Es que...

TINA. (*Idem.*) A mí no...

D. DIM. ¡Silencio...! (*A Tinaja.*) Vamos, contesta.

TINA. Pos José, er de la capa, José, er de la capa... No me diga usté ná, don Dimas...

D. DIM. No, yo no...

TINA. José, er de la capa... No desirme ná ustede que me lo sé... José, er de la capa, era hijo de Jacobo... ¿No é...? Sí é... ¡Eso é!

D. DIM. Jacob... Jacob...

TINA. Jacobo, sí, señó.

CAND. ¡Como que va él a desí...!

TINA. ¡Mardita sea la pajuela, que la tié tomá conmigo la vieja esta, y le ví a dá un susto...!

D. DIM. ¿Recuerdas algo de la historia de José?

TINA. Mu tarde es y argo enmarañailla tengo yo esa historia, pero de arguna cosa m'alcuerdo.

D. DIM. Veamos, veamos.

TINA. Sí, señó... No desirme ná... Pos estos eran un puñao

de hermano, y los más chicos eran este José y su hermano, y fueron los hermano y lo mataron... ¿no é? Sí é... Eso é... Lo mataron y le quitaron la capa, pa llevársela a Jacobo... Digo, no; le quitaron la «túrnica», porque la capa se la quitó la otra, la del otro... ¿No é? Sí é... ¡Eso é...! Bueno, totá: que nasieron siete espigas gordas, que cómo serían de gordas, que siete vacas, que había cuasi éticas y más flacas que la má, se las comieron y salieron siete vacas mu gordas y «lustrías,» y entonse va er «Farandón» y dise digo: «A vé quién me explica a mí este sueño.» Y vá y dise San José: «Pos eso é que van a vení siete años güenos y otros siete con má hambre que Dió...»

D. DIM. ¡Hombre...!

TINA. ¡No me diga usté ná...! Y entonse fué é y guardó er trigo en el arca, y guardó dos animales de cada especie, y principió a llové, y venga llové, y venga agua, y estuvo lloviendo cuarenta días y cuarenta noches, que eso se dise mu pronto...

D. DIM. ¡Ay, Tinaja, Tinaja...!

TINA. ¿No é? Sí é...

ANT Que no hombre, que ese fué Noé.

TINA. ¿Y yo qué he dicho? ¿Que si é o que no é?

ANT. Tú has dicho que ese era José y José no é.

TINA. Claro que no é; como que fué Noé; pero una confusión la tiene cuarquiera. Ademá, que con er tiempo que ha pasao, sabe Dió quién sería... Es ahora, y lo que pasa un lune, er sábado no lo conose ni su padre, porque cá uno lo cuenta de manera destinta...

D. DIM. Bien, bien...

ANT. ¡Torpe que eres, Tinaja!

CAND. Torpe es muy fino.

TINA. ¡Señora...!

D. DIM. ¿Vamos a callar?

ANT. Por su salú de usté, don Dimas, pregúnteme usté a mí la historia de José, que me la sé de corrío.

D. DIM. Si te la sabes, ¿para qué voy a preguntártela? Te preguntaré otra cosa.

ANT. (*Escamado.*) ¿Eh...?

D. DIM. Dime quién fué David.

ANT. (*Perplejo.*) ¿Daví?

D. DIM. Sí hombre; David, David.

TINA. (*Muy satisfecho.*) ¡Anda...!

ANT. Señor cura, eso es una puñalá a traisión.

TINA. (*A Candelaria.*) ¿Estasté viendo, señora...? Yo seré mu torpe, pero en toas partes cosen jabas. ¡Si er sabé cuesta mucho...!

D. DIM. ¿Quién fué David, Billarda?

BILLA. Hombre, don Dimas, con los años que yo ya tengo, ¿qué más me dá que haiga sío uno u otro...?

D. DIM. Panizo...

PAN. ¿Fué uno que se lo tragó un pescao y aluego lo echó por el lomo?

TINA. Ese fué «Jonatas» el «porfeta».

D. DIM. Muy bien, Tinaja.

TINA. (*Satisfechísimo.*) Sí, señó, pa que se rían. Y ademá, sé quién fué Daví.

D. DIM. Hombre, pues dilo.

TINA. Cuando tós s'haigan dao por vensío. ¡Pá que se rían de Tinaja...! Pregunte usté, pregunte usté a los demás.

D. DIM. A tu gusto, hombre. A ver, Mariquilla...

MAR. ¡Ay, no, señó don Dimas! A mí de historias de hombres no me pregunte usté, porque no me sé ninguna. A mí no me saque usté de «Ru», de Judí, y de la «Samaritaina», que son las que me gustan.

D. DIM. Soledad...

SOLE. ¿No fué uno que era isrrealita, y su madre, pa librarlo de la muerte, cuando la huída de «Ejirto», lo metió en un cesto de mimbre y lo puso a la orilla del río aonde se bañaba la hija del rey?

TINA. T'has colao.

SOLE. ¿Eh?

TINA. Que t'has colao, hombre, que ese era Moíses.

ANT. Moisés.

TINA. Lo mesmo dá cogélo que agarrálo; el asunto es que no era Daví. Porque Daví... ¿Se dáis por confundíos...? ¡Ole! ¿Lo digo ya, don Dimas?

D. DIM. Dilo, hombre, dilo...

TINA. (*Muy ufano, de pie y dándose muchísima importancia.*) Daví, el asesino de «Goliate», era pastó, y tenía una jonda, un zurrón y un harpa... ¡Ole...! Con la jonda mató a Goliate, gigante felisteo; con el har-

pa acompañaba a cantá a los sacerdotes de las levitas, y con er zurrón... Gueno; con er surrón, ná. Un día bajaron dos ángeles en un carro de fuego, se lo llevaron a la gloria, y allí está en carne y güeso mortá esperando er día der juisio. ¡Ole! He dicho. (*Como si firmara.*) José Luí Rodrígue, alias Tinaja.

MAR. Chavó, qué pisto.

SOLE. No es Tinaja, es un poso.

D. DIM. ¡Jesús, Jesús...!

TINA. (*Por Candelaria, que se ha dormido.*) ¿Estasté viendo? Ahora que tenía que reconosé que he estao güeno, se hase la dormía pa no reconocerlo.

D. DIM. De manera que tú crees que has estado bueno, ¿eh?

TINA. Sí, señó.

D. DIM. Pues sí, hijo, sí; has estado bueno. (*Severamente.*) No sé cuando van ustedes a aprender estas cosas. Parece mentira. Y es que no prestan ustedes atención, ni ponen ustedes nada de su parte... Cuidado que Rebeca no es ninguna lumbrera que digamos, pero en dos meses que lleva con nosotros ha aprendido mucho más que ustedes.

TINA. Hombre, el caso de ella no es el mismo; porque uno durante la lersión piensa en sus cosas y se distrae; pero ella, arrecogía aquí de caridá, lo menos que pué hasé es prestá atensión, aunque no sea más que pa quedá bien.

MAR. ¿Aonde s'ha metío esta noche, señor cura?

D. DIM. Se echó en cuanto acabó de comer. Como hoy ha ido a Valzorro, a declará nuevamente, dijo que estaba cansada...

SOLE. Deseando estoy yo que acabe er juisio, pa que se vaya de Villaleda. Me da a mí miedo esa mujé.

TINA. Pos yo, si por argo deseo que se «vaiga», es por Germán, porque dende que está aquí esa mujé, habla solo y no piensa mas que en hasé volatines y ejersisios «corbáticos», como él dise.

PAN. ¿Tendrá argo que vé...?

MAR. ¡Quita...! Si ahora es cuando Germán le hase más cara a Aurelia que nunca. Por lo menos ella está más esperansá que otras veses, que a mí me lo ha dicho.

SOLE. Pos yo el otro día ví...

ANT. Callarse que ahí viene ella.

D. DIM. En todo pensarán ustedes menos en aprender la Historia Sagrada.

AURE. (*Que ha entrado en escena por la izquierda, último térmiro, trayendo los últimos platos, ve a Candelaria dormida y se acerca a ella solícitamente diciendo.*) Ya se ha dormido... ¡Candelaria...! ¡Candelaria...!

CAND. (*Despertando.*) ¿Eh?

AURE. ¿Por qué no se acuesta...?

CAND. Mujer, pero si no... (*Bosteza.*) Estábamos resando el rosario y me dió un sueño... Como el dichoso panadero me ha hecho madrugá hoy tantísimo...

AURE. Ande, ande...

CAND. Espera, porque tengo...

AURE. No se ocupe de nada, yo echaré los garbanzos en agua y lo dejaré todo listo.

CAND. (*Levantándose.*) Como quieras. Ya sabes que mañana...

AURE. Sí, ya estoy enterada; pondré a cocer muy temprano las verduras y lo tendré todo preparado para cuando usted baje.

CAND. Ea, pues hasta mañana. ¿Dónde está Germán?

D. DIM. Lo mandé yo ahí enfrente, a casa de Don Cosme, a preguntar cómo sigue.

CAND. Pues adiós, hijito.

D. DIM. Hasta mañana, Candelaria.

CAND. Buenas noches.

SOLE.
MAR. } Buenas noches.

BILLA. Hasta mañana.

TINA. Que usté descanse... (*Vase Candelaria por la escalera de la derecha.*) Así pudiéramos hacer tós lo mismo.

D. DIM. ¿Ya estás cansado?

TINA. ¡Hombre...! ¿Nos va usté a perdoná el rosario esta noche, don Dimas? Porque a mí elrosario es lo que me amodorra.

D. DIM. No perdono nada.

TINA. Várgame Dios. Por lo qne toca Dios, creo yo, que un rosario de mala gana no lo agradese. Es como si a mí me dan un sigarro así, de mala manera, con er cuello güerto y la geta torsía; que yo no lo tomo, y

si lo tomo, no lo agradesco. ¿Verdá é, señores? (*Todos asienten.*)

GERM. (*Entrando por la izquierda primera puerta.*) Don Dimas...

D. DIM. ¿Qué hay, Germán?

GERM. Ese hombre está peó, y er médico, que está allí, quiere hablá con usté ahora mismo.

D. DIM. Voy allá. (*Se levanta.*)

TINA. ¡Ole!

D. DIM. Te sales hoy con la tuya, Tinaja.

TINA. Ha habío Providensia.

D. DIM. ¡Qué borrico eres, hombre!

TINA. Tós hasemos farta en este mundo.

D. DIM. ¿Me aguardarás, Aurelia?

AURE. Sí, señó.

GERM. No hase farta que ella aguarde; déjela usté que se acueste que estará cansá de tó er día. Yo andaré por aquí hasta que usté vuelva.

AURE. (*Secamente.*) Muchas gracias. (*Coge una bandeja y se va por el corredor de la izquierda.*)

D. DIM. Pues vamos.

BILLA. Le daremos a usté convoy hasta la casa. (*Se van por la izquierda, primera puerta, don Dimas, Soledad, Mariquilla y Billarda.*)

TINA. (*A Germán.*) M'han dicho que t'has caío esta tarde al sartá en ese trampolino que t'has hecho.

GERM. Y a quien me lo haiga roto le ví a da un puñetaso en las sienes y lo ví a dejá esmoresío.

TINA. ¿Pero?

GERM. Sí; hay arguien que me rompe tó lo que yo preparo, y me he cansao ya. ¡Como yo lo coja...! (*Jurando.*) ¡Miálas...! ¡Andarse con ojo!

TINA. Lo que toca yo...

ANT. Y yo...

PAN ¡Lo que es a mí...! (*Se van los tres por la puerta indicada.*)

GERM. (*Al quedarse solo se asoma al corredor de la izquierda, se cerciora de que nadie le escucha, se acerca a la primera puerta de la derecha y llama a media voz.*) ¡Rebeca!

REBE. (*Tras una breve pausa entra en escena un poco sombria y otro poco sonnolienta. Viste un traje muy senci-*

llo, casi de aldeana, que la favorece muchísimo.) ¿No hay nadie...?

GERM. Aunque hubiera.

REBE. ¿Eh?

GERM. ¿Conque has estao otra vez en Valsorro, sin que yo lo sepa...?

REBE. *(Temerosa.)* Más bajo, que pueden oirnos.

GERM. No me importa que se descubra tó; lo que me importa es ver que toavía quieres a ese hombre...

REBE. No es verdad; si lo quisiera te lo diría...

GERM. ¿Entonces por qué lo buscas...?

REBE. Fué él quien me llamó...

GERM. ¿Pero lo has visto otra vez...?

REBE. Por lástima. Al fin y al cabo, yo soy la causa de que Daniel se haya perdido.

GERM. Como lo serás de que yo me pierda también.

REBE. ¿Vas a tener celos de un hombre que tal vez no salga de la cárcel en toda su vida?

GERM. De un hombre al que quisistes.

REBE. Antes. Ahora te quiero a tí.

GERM. Pero yo no soy er primero... Yo hubiera querío que tú no hubieses sío nunca más que pá mí; que nadie te hubiese rosao ni con er pensamiento siquiera... Es lo pasao lo que a mí me atormenta, porque lo pasao es lo que yo no pueo evitá... Lo presente es otra cosa, y de esa yo me encargo. Tú eres ya mía, ¡mía pá siempre...! Si hay quien ponga los ojos en tí, toa su sangre será poca pa que yo me la beba...

REBE. Así me gusta oirte hablar.

GERM. Pos mira, yo no he hablao nunca de esta manera, hasta ahora. Parese que es otra persona la que se m'ha metío dentro desde que te he conosío... Siempre he tenío mucha fuerza y enjamás se m'había ocurrío emplearla en jasé daño a naide; ahora quisiera tené er doble de la que tengo pa podé ajogá más fasirmente ar que me diera selos contigo...

REBE. *(Entusiasmada.)* ¡Germán...!

GERM. ¡A tí misma te ajogaría si supiera que me engañabas...! *(Reportándose.)* Bueno, perdóname; estoy una miaja alocáo.

REBE. No. Sigue hablándome así... Si eso es lo que hace que yo te quiera...

GERM. ¿El que te amanase?

REBE. Tal vez. Yo he nacido para que algún hombre mande en mí siempre, pero el que me domine tiene que ser más fuerte que yo... Por eso dejé al primero con quien anduve rodando por el mundo, para marcharme con Sergio; por eso me cansé de Sergio y quise a Daniel; por eso hubiera dejado a Daniel, aunque no hubiese estado preso, para irme contigo...

GERM. Calla, mujer, calla, que cuando t'oigo desí esas cosas...

REBE. ¿Qué te importa lo pasao, si sabes que no he querido a nadie tanto como a tí? Por estas cruces te lo juro. Y lo que deseo es que huyamos de aquí para siempre, para acabar de una vez con estos tapujos y estas ocultaciones. ¿Cuándo me sacas de esta prisión, Germán? ¿Cuándo nos vamos?

GERM. Pronto, muy pronto...

REBE. Siempre me dices lo mismo, y cuando llega el momento no te atreves. Cualquiera pesaría que tienes miedo...

GERM. Yo no tengo miedo a ná, tratándose de tí; pero siempre cuesta trabajo irse del sitio en que uno vive. ¿Tú no le tienes ley al terruño en que has nasío?

REBE. ¡Yo qué sé dónde nací...! Por eso no me gusta parar mucho tiempo en ninguna parte, sino andar, andar... Me hago la ilusión de que todo el mundo es mío... Puede que creas que no es verdad, pero en la cuneta de una carretera duermo mejor que en una cama blanda... Un cuarto cerrado me parece una cárcel, mientras que en campo abierto me siento libre. Soy como los pájaros; no quiero jaula, por bonita que sea, sino volar, volar a mis anchas... Ya verás qué hermosa es esa vida; ahora en un sitio, luego en otro, andando siempre, sin saber nunca dónde se va; tan pronto pasando hambre, como llevando los bolsillos llenos de monedas; despreciados en una parte, admirados en otra... Yo aquí me ahogo, Germán... Vivir haciendo lo mismo todos los días no es vivir... Prefiero ignorar hoy lo que haré mañana; si me abrasará el sol o me mojará la lluvia; si tendré o no tendré grano que picar, o una rama en que guarecerme; pero en libertad, sin hierros, sin cadenas, ¡sin jaula...!

GERM. Yo iré contigo aonde quieras llevarme, porque te lo he ofresío y porque eres pa mí lo primero der mundo, pero esa vida que pintas no creo yo que sea lo mejó, Rebeca. ¡Si pudiéramos encontrá un rincón aonde acomodarnos... Ya sé que aquí no pué sé, porque ni don Dimas ni la agüela consentirán nunca que nosotros nos ajuntáramos, pero... piensa tú, que Dios no ha hecho a las personas pá está siempre en el aire, como los pájaros; son los pájaros y tampoco están volando de por vía; tienen su nío y a sabé si es en er nío aonde pasan ellos su felisiá. Por mu volanderos que seamos, también necesitaremos nosotros un rinconcillo onde descansá de los trabajos; siquiera una choza hecha de paja, como los níos... A mí, antes de quererte, también me gustaba eso de pensá en corré mundo y ver tierras; desde que te quiero, me parece que también quiero más a este rincón y que me cuesta más trabajo irme de él, porque aquí es donde yo quisiera que tuviésemos nuestra choza, pa hasé lo que hasen los pájaros... er macho en er campo, buscando la comía, y la hembra en er nío, con los polluelos bajo el ala.

REBE. Yo no sirvo para vivir de ese modo. Soy muy rara, lo comprendo; pero, mira, hace poco, cuando me amenazabas y me recordabas tu fuerza y me decías que serías capaz de matarme, me sentía loca por ti... mientras que ahora, viéndote así, humilde, sospecho que no congeniaremos nunca.

GERM. ¿Eh?

REBE. Yo no soy como otras mujeres; yo necesito un amo... Si tú no sabes serlo, lo será otro; lo que no quiero es seguir recogida por caridad. No he nacido para vivir de limosna. Mañana mismo me voy.

GERM ¡Conmigo!

REBE. Ya no puedo creerte. Llevas dos meses de prometérmelo.

GERM. Si ya no te lo he cumplío es porque toavía no estoy bien preparao pa ganarme la vida contigo por ahí. En lo que sea levantá pesos y rompé cordeles y esas cosas, sí... pero en cuestiones de habiliá, ya sabes que soy muy torpe... Aun no he conseguío dar un salto doble ni andá sobre los brasos, ni hasé

esas otras cosas que tú m'has explicao. Si tú estuvieras conmigo mientras hago las pruebas, adelantaría más; pero como tengo que hacerlas solo y de noche pa que naide se entere...

REBE. ¿Pero es verdad que las haces...?

GERM. Pregúntaselo a mi cuerpo, que está lleno de gorpes de arriba abajo...

REBE. El aprender siempre cuesta.

GERM. Y a mí más, porque no es sólo la torpesa, es también la desgracia o la malquerencia de arguien que me persigue.

REBE. ¿Eh?

GERM. Parese que hay una mano ocurta que se empeña en haserme daño... ¿Te acuerdas de aquella piedra grande, reonda, que me servía pa los trabajos de fuerza...? A lo hondo del río la han tirao. El trampolín, que me costó tanto trabajo hasé y que lo tenía puesto en er barranquillo del olivá, sobre un montón de arena, me lo han partío de un hachaso. Esta mañana al sartá por poco me desnuco... ¡Como yo coja ar mar nasío...!

REBE. A lo que debes dedicarte es a los equilibrios, que es lo que más me gusta.

GERM. Ya los hago, y en eso no creas que voy malamente. Anoche colgué el trapesio de una rama del nogal de la huerta, y me salió muy bien tó lo que hise. Esta noche lo he vuelto a corgá, y dentro de un rato me iré a ensayá hasta que me canse. Mientras yo no haga lo que hasía Daniel no estaré contento. Y lo haré, te juro que lo haré. Ya verás dentro de unos días...

REBE. No, Germán, dentro de unos días no; yo me voy mañana. Sola o contigo, yo me voy mañana.

GERM. Espera un día siquiera, pá que yo pueda sacarle a la agüela lo dineros míos que me tiene guardaos y que no sé cómo pedírselos.

REBE. Vamonos sin él. Con tal de que nos vayamos pronto, todo me da lo mismo... (*Pausa. Echándole los brazos al cuello.*) Germán...

GERM. (*Resueltamente.*) Mañana nos vamos.

REBE. ¿Me das tu palabra?

GERM. Te la doy... Ahora mismo voy a llegarme ahí a la

esquina, a la posá de Rafael, pa que nos comprometa las caballerías que necesitamos. Está ya desidío. Nos vamos mañana.

REBE. ¿Volverás luego?

GERM. A la hora de siempre.

REBE. Espera bien a que esté dormido todo el mundo, que ayer por poco nos descubren...

GERM. Vendré descarso pa no haser ruío. *(Rumor de voces en la calle.)*

REBE. ¡Don Dimas!

GERM. *(Indicándole la puerta de la derecha.)* Hála...

REBE. Si te encuentra ahora...

GERM. Sabe que le estoy aguardando. Me haré con él el encontraiso en la escalera.

REBE. Pero si te pregunta que dónde vas...

GERM. Le diré cualquier cosa, ¿qué más dá? ¡Mañana nos vamos. .! *(Mutis por la primera puerta de la izquierda. Rebeca se va por la primera de la derecha.)*

AURE. *(Entra en escena por el corredor de la izquierda, se sienta ante la mesa del comedor, oculta la cabeza entre las manos y rompe a llorar.)* ¡Madre mía de mi alma...! *(Dentro se oye hablar a Germán con don Dimas.)*

D. DIM. *(Entrando por la primera puerta de la izquierda.)* No me explico... *(Al ver a Aurelia.)* ¿Eh? ¡Aurelia...! ¿Qué ocurre, muchacha...? ¿Por qué lloras...? ¿Acaso...?

AURE. Sí, don Dimas; lo que yo venía sospechando hace tiempo era verdad. Esa mujé ha venío a sé la perdisión de tós... Se entienden, se quieren... Tienen consertao irse pá no volver nunca, pá viví siempre juntos... Desde allí he oido yo toa la conversación... ¡Se van mañana...!

D. DIM. ¡Qué desatino!

AURE. Lo tienen ya desidío... El l'ha dao a ella su palabra. ¿No es un doló que un hombre que siempre fué bueno y honrao nos deje a tós y se vaya por ahí pá hacerse titiritero y viví malamente con una mujé sin religión y sin ná...? Porque él quiere hacerse titiritero; lo sé porque han hablao de eso y porque yo le he seguio muchas noches cuando se va ar campo a

preprararse pa el ofisio, a pegà sartos y a levantar piedras y a colgarse de los árboles...

D. DIM. ¡Por Dios, qué desatino...! Hay que impedir que ese desgraciado cometa semejante locura...

AURE. Ella s'ha encerrao en su cuarto y él ha ido a la posá a apalabrá las caballerías pá mañana... (*Desde el balcón.*) En la huerta está entoavía.

D. DIM. (*Desde el balcón, llamándole.*) ¡Germán...! Ven acá... hazme el favor.

AURE. ¿Y a ella, no va usted a hablarle...?

D. DIM. A los dos. Pero, vete, déjame con ellos... (*Acercándose a la primera puerta de la derecha.*) ¡Rebeca...! Un momento.

AURE. ¡Vaya una manera de pagar la hospitalidá que se le ha dao en esta casa!

D. DIM. Retírate a descansar. No conviene que ellos sepan que has sido tú...

AURE. (*Sumisa.*) Hasta mañana. (*Le besa la mano y se va por la escalera de la derecha.*)

REBE. (*Entrando en escena.*) ¿Me llamaba usted?

D. DIM. Sí, te llamaba, como he llamado también a Germán... (*Viendo a Germán que entra en escena por la izquierda, primer término.*) que ya está aquí.

GERM. Mándeme usté, señor cura.

D. DIM. Quiero hablaros a los dos... y sin rodeos de ninguna clase.

GERM. (*Temeroso.*) Usté dirá.

D. DIM. Espero que no trataréis de engañarme, aunque sería inútil que lo intentárais, estando como estoy al corriente de todo... (*Germán se encoge de hombros.*) ¿Es cierto que tratáis de escaparos juntos mañana?

GERM. (*Vivamente.*) ¿Quién ha dicho eso...?

D. DIM. No me preguntes y contéstame. ¿Es cierto o no?

GERM. No, señó, no es cierto... Dígale usté a quien se lo haiga contao...

D. DIM. Yo no tengo que decir nada a nadie más que a tí, de quien nunca hubiera esperado semejante conducta...

GERM. Pero si no es verdá, don Dimas, si no es verdá...

D. DIM. Mira, Germán, cuando se hace una cosa mala, el único medio de redimirla es confesarla. Mentir en-

cima, es cometer dos malas acciones. Estoy seguro de que Rebeca no se atreve a negar...

REBE. (*Turbada.*) ¿Yo...?

D. DIM. Vamos, sé sincera. ¿Es cierto lo que digo...?

REBE. (*Serenamente.*) Pues sí, señor, es cierto.

D. DIM. ¿Ves? Es más noble que tú. Te ha dado una lección.

GERM. (*A Rebeca.*) Has confesao...

REBE. Ni sé mentir, ni tengo que dar cuenta a nadie de lo que hago. Soy libre y me voy.

D. DIM. En eso tienes razón. Si la piedad y el afecto con que se te ha recogido en esta casa no crees que son un lazo que te liga a ella, estás en tu derecho abandonándola; pero reconocerás que Germán no está en el mismo caso...

GERM. (*Confuso.*) Es que yo, don Dimas...

D. DIM. Tú tienes a tu lado a una pobre vieja que se mira en tí; tú me tienes a mí mismo, que te crié, procurando hacerte un hombre de bien y un buen cristiano... ¿Te parece que tu abuela y yo merecemos que nos dejes sin más despedida que decir: «Ahí queda eso?»

GERM. Tiene usté razón; es verdad, yo soy un desagradesío, un bruto; lo que usté me diga está bien dicho, pero... ¡Yo quiero a esta mujé!

D. DIM. ¿Y porque quieras a esa mujer, ya se acabaron todos tus deberes de hombre honrado, ya se acabó la misma ley de Dios...? ¿Es eso lo que de mí has aprendido? ¿Crees que la mujer, la compañera del hombre, es lo mismo que la hembra del animal, que la toma donde la encuentra, sin más justificación que la brutalidad del deseo...? ¿Y dices que quieres a esa mujer? No, Germán; si la quisieras no tratarías de mancharla de fango; tratarías de legitimar el lazo que os uniera; tratarías de hacerla tuya; tuya solamente... Tomándola como quieres tomarla, cualquiera puede disputártela y arrebatártela con el mismo derecho que tú; sólo santificando vuestra unión podrías considerarte como su verdadero dueño, porque sólo de ese modo el mandato de Dios y las leyes de los hombres la defenderían para tí.

GERM. Lo que yo saco en limpio de tó eso, es que yo hubiera debío de casarme con ella, ¿no es eso?

D. DIM. Eso es.

GERM. ¿Y usté y la agüela lo hubieran consentío?

D. DIM. ¿Por qué no? Aunque no sea la mujer que conviene a un hombre como tú, aunque no hubiéramos visto con buenos ojos vuestras relaciones, yo por lo menos, hubiera acabado por consentir en todo, antes de dejar que perdieras tu alma, viviendo en pecado junto a esa mujer.

GERM. Es que en ese caso, aún estamos a tiempo de arreglarlo tó y casándonos y viviendo al amparo de ustede, no tendríamos que pensá en escaparnos... ¿Verdá, Rebeca...? ¿Verdá que entonse viviríamos aquí siempre? Díselo tú también, y vamos a pedírselo los dos, aunque sea de rodilla...

REBE. (*Secamente.*) Yo no tengo nada que pedir. En mí nadie manda... Te quiero a tí porque es mi voluntad, pero no dependo de tu familia. Soy libre y no me humillo a nadie.

GERM. (*A don Dimas.*) No haga usté caso de lo que dise; es muy arrebatá. Lo prensipá es que usté consiente en que ella y yo...

D. DIM. (*Atajándole.*) Mañana hablaremos más detenidamente del asunto. Mi criterio ya lo conoces. Hoy ya es muy tarde y va siendo hora de que se acueste un pobre cura que ha de decir su misa mañana a las seis... Por el pronto, no os exijo más que una cosa.

GERM. ¿Cuál?

D. DIM. Que me déis vuestra palabra de que no intentaréis escaparos sin hablar antes conmigo.

GERM. Téngala usté por dá.

REBE. Yo no doy palabra ninguna.

D. DIM. Con la de Germán me basta, porque Germán no es capaz de faltar a lo que promete. Buenas noches. (*Alarga la mano a Germán y éste se la besa efusiva y respetuosamente. Muy pausadamente hace mutis por la escalera de la derecha.*)

GERM. (*Tras una pausa.*) ¿Es posible que no te alegre el que esto puéa arreglarse a gusto de tós?

REBE. Ya te he dicho que yo no soy como tú. A mí me gusta volá por el mundo. Si a tí te gusta más quedarte en este rincón, lo mejor será que acabemos por don-

de debimos empezar: por seguir cada uno nuestro camino.

GERM. No me quieres, Rebeca.

REBE. Te quiero, cuando eres valiente y decidido, cuando desafías y amenazas, cuando veo en tí al amo que yo necesito... Cuando te achicas como ahora, porque un cura te sermonea... ¿Para qué he de engañarte...? Me parece como si dejara de quererte de pronto...

GERM. (*Exaltándose.*) No me digas eso, Rebeca; no me digas eso... Yo soy y seré por vía lo que tú quieras que yo sea.

REBE. Sí, ya lo creo... Por eso te ha faltado tiempo para prometer a don Dimas que no nos escaparíamos, olvidando la palabra que me habías dado antes a mí...

GERM. Yo creí que tú preferirías...

REBE. Lo que yo deseo es salir de una vez de esta cárcel, volver a la vida que siempre he llevado... Puesto que tú no quieres, me iré yo sola.

GERM. (*Furioso.*) ¡Eso no!

REBE. ¿Eh?

GERM. (*Atenazándola y zamarreándola.*) ¡Eso no...! ¡Tú no saldrás de aquí más que conmigo...! ¿Te enteras...? ¡Conmigo...! ¡¡Conmigo!!

REBE. ¿Y la promesa que acabas de hacer?

GERM. ¡Por ti falto yo a tóas mis promesas, aunque me condene!

REBE. ¡Germán!

GERM. (*Con cariño furioso.*) Por que te quiero. ¿Lo oyes? ¡Porque te quiero! ¿Es mañana cuando quieres irte? Pues conmigo te irás. Antes que darle a él mi palabra te la dí a ti y a ti es a quien yo quiero cumplírsela. Ea; ya está dicho tó. Ahora apaga esa luz y vete a tu cuarto, que toavía anda don Dimas levantao.

REBE. ¿Volverás?

GERM. En cuanto acabe.

REBE. ¿Qué vas a hacer?

GERM. Lo de tóas las noches. Corgao tengo ya er trapesio y hoy no m'acuesto yo sin haber hecho tó lo que hasian los otros. (*Jurando.*) ¡Miálas!

REBE. (*Apasionadamente.*) ¡Germán...!

GERM. (*Abrazándola un poco furiosamente.*) ¡Porque te quiero! (*Se va por la primera puerta de la izquierda.*)

REBE. (*Apagando la luz que prende del techo y dejando encendida únicamente la de la mesa.*) Sí, ha de ser mañana. Con él o sin él, pero mañana. No puedo estar aquí más tiempo. De no haber sido porque le quiero yo también, cono no he querido a ninguno, hace ya tiempo que... A este le quiero. A los demás, les he tenido más miedo que cariño, pero a este... (*Se dispone a cerrar las cristaleras del balcón y retrocede asustada.*) ¿Eh...? (*Breve pausa.*) Germán... ¿Eres tú?

DANI. (*Entrando por el balcón.*) ¡Calla...!

REBE. ¡¡Daniel...!!

DANI. (*Imponiéndole silencio.*) ¡Chiss...!

REBE. (*Temerosa.*) ¡Dios mío...!

DANI. (*Nervioso, jadeante, mirando con cuidado a través de las entornadas cristaleras.*) Creo que nadie me ha visto.

REBE. ¿Te has escapado...?

DANI. ¡¡Chiss...!! Cierra tu...

REBE. (*Después de cerrar el balcón, y siempre con miedo.*) ¿Qué es esto...? Explícame...

DANI. Deja que tome aliento. Llevo tres horas de correr a campo traviesa...

REBE. ¿Cómo estás aquí? Esta mañana no me has dicho...

DANI. No podía decirte lo que ignoraba en aquel momento.

REBE. ¿Entonces...?

DANI. Un descuido del carcelero .. y aproveché la ocasión.

REBE. ¡Enséñame las manos!

DANI. No pienses mal, no ha habido sangre; no fué necesario.

REBE. Pero estarán buscándote, te encontrarán...

DANI. Eso será si nosotros les damos tiempo...

REBE. (*Sorprendida.*) ¿Nosotros...?

DANI. Coge al momento lo que tengas que coger y vámonos...

REBE. ¿Eh...? ¿Quieres que yo...?

DANI. Pues claro. ¿Para qué he venido hasta aquí, sino para que huyamos juntos...? Tú eres mía, y al verme en libertad lo primero que debo hacer es recobrar lo mío, a ti.

REBE. (*Vacilante.*) Pero es que...

DANI. (*Amenazador.*) ¿Eh...?

REBE. Huir así... de repente...

DANI. No hay tiempo que perder.

REBE. Mira, Daniel...

DANI. ¿Te niegas a seguirme? ¿Es que ya no soy para ti el que era? ¿Es que figurándote que no iba a salir nunca de la cárcel me has substituído con otro...?

REBE. ¡No! ¡Eso no!

DANI. Al sentirme llegar, digistes un nombre que no era el mío; digistes Germán... (*Atenazándola.*) Germán...

REBE. ¡Suelta!

DANI. ¿Qué tiene que ver contigo ese Germán, al que estabas esperando...? ¡Contesta...! ¡Contesta...! Mira que voy a volverme loco.

REBE. (*Zafándose de él.*) ¡Suéltame ya...! ¿Otra vez los celos? ¡No olvides que por ellos matastes a un hombre!

DANI. (*Temeroso.*) ¡¡Calla!!

REBE. (*Cambiando de táctica.*) Vamos, tranquilízate... Huyendo ahora nos sorprenderían seguramente... mientras que mañana... pensando despacio, buscando algún difraz... La frontera de Portugal no está lejos...

DANI. ¿Y si mientras me descubren aquí?

REBE. No, aquí no puedes quedarte... No, no es posible... Pero, mira, ahí cerca, a la salida del pueblo, hay unas canteras abandonadas donde podrás ocultarte fácilmente. Yo iré a buscarte mañana y...

DANI. ¿Pero...?

GERM. (*Dentro, llamando.*) ¡Rebeca...! ¡Rebeca...!

DANI. ¿Quién te llama? ¿Quién te llama?

REBE. (*Aterrada.*) ¡Por Dios...! Entra, entra en mi cuarto... Es aquí. ¡Pronto...! ¡Por lo que más quieras...!

DANI. (*Dudando.*) Es que...

REBE. ¡¡Te lo pido por Dios...!! (*Hace entrar a Daniel en su cuarto y echa la llave.*) ¡Por fin...! Creí que... (*Procura serenarse.*)

GERM. (*Pálido, descompuesto, entrando por la izquierda, primera puerta.*) ¡Rebeca...!

REBE. ¡Fortuna ha sido que vuelvas tan pronto, Germán!

GERM. ¿Eh...?

REBE. (*Muy nerviosamente.*) Es preciso que huyamos ahora mismo; sin perder un momento. ¿Lo oyes bien? Ahora mismo... Nos va en ello la felicidad, la vida...

GERM. (*Dejándose caer casi sin fuerzas en una silla.*) ¡Imposible...!

REBE. ¿Por qué...? (*Se acerca a él, le pone una mano en el hombro y German sofoca un grito.*) ¿Eh?

GERM. ¡No me toques, Rebeca...! ¡No me toques...!

REBE. ¿Qué te sucede?

GERM. El trapesio... Se cayó la rama en que lo puse..... Estaba tronchá de intento... (*Desesperadamente.*) ¡De intento...!

REBE. ¿Y te has...?

GERM. (*Llorando y mordiéndose una mano de rabia.*) ¡Me he roto el hombro y el brazo.

REBE. ¡¡Jesús...!!

GERM. ¡La mano ocurta que me persigue...!

REBE. (¡¡Estoy perdida...!!)

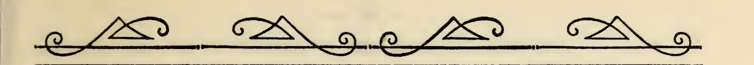
GERM. No puedo ya volar contigo mañana, Rebeca.

REBE. ¡¡Dios mío...!

GERM. ¡Me han roto las alas...! ¡¡Me han roto las alas!! (*Telón.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO





ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior. Es de noche.

(Al levantarse el telón están en escena BILLARDA, REBECA, CANDELARIA, AURELIA, SOLEDAD y MARIQUILLA. Rebeca, Candelaria y Billarda, sentados cerca del lateral derecha; los demas, agolpados al balcón, miran insistentemente hacia fuera. Sobre la bien amantelada mesa hay una botella, unos vasos, un frutero con frutas y unos platos sucios, restos de la cena.)

CAND. ¿Pero viene alguien?

AURE. Eso creíamos.

CAND. Caramba, que no gana una para sustos.

SOLE. También la nochecita se las trae, porque con esto del nublao está de un oscuro que mete miedo.

MAR. Pos eso tiene que favoresé también al asesino, ¿verdad?

SOLE. Ya lo creo.

MAR. ¡Huy, tengo un miedo...!

BILLA. ¡Bah...! Ganas de asustarse y ná más. Yo estoy aquí con Rebeca en que es una tontuna pensá que ese hombre va a vení a Villaleda. Dende anoche que se escapó ha tenío tiempo de sobra de cojé la frontera de Portugá y ponerse libre de cachos, que es lo que que a él debe importarle. De queré vení acá, hubiera venío anoche mismo, cuando se escapó, no a

las veinticuatro horas y cuando tó er mundo está sobre aviso.

REBE. Además, que entre ese hombre y yo no media ná; ni él tiene que buscarme a mí, ni yo a él.

AURE. El caso es que disen que cuando se escapó, en ves de tirá hacia la raya de Portugá, tiró pá este lao y creen que s'ha ocurtao ahí en las canteras, donde es tan fácil esconderse, pá vení luego aquí y vengarse de usté y de Germán.

REBE. (*Agriamente.*) No tema usted por Germán.

AURE. ¿Eh?

REBE. (*Bajando un poco la voz.*) Daniel no sabe que el hombre que me defendió aquel día, y pudo más que él y le entregó a los civiles, vive aquí con nosotros.

AURE. (*Con gran acritud también.*) Su intención habrá tenío usté al ocultárselo.

REBE. (*Conteniéndose.*) Mi intención he tenío, sí, señora. ¿Para qué hacer sufrir en balde a quien estaba preso y encelao...?

AURE. ¡Ah, vamos, confiesa usté...!

REBE. Yo no confieso nada; pero no podía olvidar que Daniel se había perdido por mí.

AURE. ¡Sabe Dios toas las perdisiones que tendrá usté sobre su consiensia...!

REBE. ¿Y usté no tiene ninguna...? (*Aurelia baja la cabeza ante la mirada escrutadora de Rebeca.*)

CAND. ¡Vamos, vamos...! Tengamos la fiesta en paz.

REBE. Por mí... (*Vuelve a sentarse.*)

SOLE. (*Escuchando por el balcón.*) ¿Eh...?

MAR. ¿Viene arguien?

SOLE. (*Tras una breve pausa.*) No, creí...

CAND. No veo la hora de que vuelvan Dimas y Germán.

BILLA. No pase usté cuidao por ellos, agüela. Germán se trompiesa con ese hombre y con er braso que le quea sano, lo hase cisco.

CAND. No, Billarda, ya eso se acabó. Germán no es ya lo que era ni lo volverá a sé. Son tres roturas, las dos del brazo y la de... esto de aquí del hombro, como se llame...

BILLA. La canícula.

CAND. Eso. ¡Pobresito mío! El cree que fué intensionao,

pero a mí no me cabe eso en la cabeza; no pueo yo pensá que haiga gente tan mala en er mundo.

MAR. (*En el balcón.*) ¡Ay! ¡Ahora viene arguien...!

SOLE. Sí, por la huerta.

AURE. ¿Son ellos...?

MAR. (*Asustadísima.*) No, es uno solo... ¡Y viene como no queriendo hasé ruido...!

CAND. (*Acercándose al balcón.*) ¿Eh...?

MAR. ¡¡Y se ha parao debajo der morá...!!

SOLE. (*Dando un chillido.*) ¡¡¡Ay!!!

MAR. (*Idem.*) ¡¡Ay...!!

BILLA. (*Acercándose también al balcóu.*) ¡Chavó...!

AURE. ¡Se ha tirao al suelo al oí los gritos!

SOLE. ¡Ay, madre mía de mi arma!

MAR. ¡Ay, que ya se levanta!

BILLA. Callarse, que me paese que es Tinaja.

AURE. Sí, Tinaja es.

BILLA. Vaya un susto que l'habéis dao a Tinaja.

CAND. ¡M'alegro! Por andá sascandileando...

BILLA. (*Llamando por el balcón.*) ¡Tinaja...!

TINA. (*Dentro.*) Alá gulu, belé... gulú...

BILLA. (*Retirándose del balcón.*) ¡Ojú...! Sin habla s'ha quedao.

MAR. (*Por Soledad.*) Claro, esta criatura con sus gritos...

SOLE. ¿Yo ná má? Pos, hija, sí que tiene grasia...

BILLA. Callarse, hombre, a vé qué trae éste.

CAND. ¡Qué va a traé, ni traé...! ¡Miéo!

(*Por la primera puerta de la izquierda entra Tinaja. Viene tan nervioso y tan descompuesto, que no puede hablar. Se sienta ante la mesa del comedor, traga saliva un par de veces y se seca el sudor con una de las servilletas.*)

SOLE. ¿Que hay, Tinaja?

MAR. Oye, ¿se sabe argo nuevo?

BILLA. ¿Qué te pasa, hombre?

TINA. (*Temblorosísimo, echa vino en un vaso, derramando la mitad, y bebe con gran trabajo.*) ¡Ay...!

BILLA. Sosiégate, hombre...

TINA. No, si ya... (*Vuelve a secarse el sudor en la servilleta.*) Pero, es que... ¡Chavó...!

CAND. (¡Tío guarro!) (*Quita de la mesa las servilletas y las pone en el aparador.*)

TINA. Venía yo escamaillo, y al oí gritá... ¡Camará...! (*Vuelve a servirse otro vaso de vino.*) Vamos, que me pensé que estaba aquí er tío dando puñalás. (*Bebe. Rien Billarda, Mariquilla y Soledad.*)

CAND. (No, más vino, no.) (*Quita de la mesa la botella.*)

TINA. Ustede se ríen, pero como yo estoy argo comprometío en el asunto... (*Se limpia el sudor de la frente con el mantel.*) Porque aquer día, er que avisó a los civiles fuí yo. Y menúa carrera que me soplé con mi niño a cuesta; dos kilómetros. Habrá pocos padres que l'haigan dao a su hijo una carrera como la que yo le dí ar mío. ¡Dos kilómetros a tó meté y cuesta arriba!

BILLA. Güeno, ¿pero tú de ande vienes ahora?

TINA. De husmeá por ahí. (*Toma un bizcocho y se lo mete en la boca, que casi no puede hablar.*) Porque yo quería escuchá lo que se dise...

CAND. (*Quitando los fruteros.*) Ná, que voy a tené que quitá la mesa.

TINA. Despué de comé, eso es lo aseao.

CAND. ¡A mí no tienes tú que enseñarme...!

BILLA. Vamos, dejarse de peleas y cuenta lo que se dise por ahí.

TINA. Pues los que rasiosinan disen tós que estando aquí er señuelo, (*Por Rebeca.*) ese pájaro acúe de cabesa.

REBE. Vuelvo a decir que a ese hombre no se le ha perdído aquí nada.

TINA. Por sí o por no, la pareja de la guardia siví va a pasá aquí la noche.

REBE. (*Intranquila, pero disimulando.*) ¿Aquí mismo?

TINA. En la huerta se entiende, pá echarle mano si se atreve a vení. Como ellos conosen muy bien al interfecto... Bueno, lo que toca yo, no me pienso separá de los siviles en toa la noche.

BILLA. Chavó, qué miéo le has cogío.

TINA. Hombre, miéo, que se diga miéo, no é. E... jindama.

BILLA. Pos lo mesmo da cogélo que agarrálo, como tú dises.

TINA. Es que uno tiene un hijo, Billarda, y tiene uno que mirarse. Además, que esta vez no está Germán en condiciones de pararle los pies, como entonses.

BILLA. Eso es verdá.

TINA. (*A Aurelia.*) Y apropósito, ¿aonde está Germán? ¿Ya se ha acostao?

AURE. No, le apretaba mucho una de las vendas y ha ido a casa der médico con don Dimas.

MAR. (*Un poco asustada, junto al balcón.*) ¡Callarse!

TINA. (*Levantándose asustado.*) ¡¡Mi niño...!! (*Pausa.*)

MAR. Aquí vienen.

TINA. ¿Dónde hay un arma? (*Cogiendo una botella del aparador.*) ¡Lo que toca un botellazo, le doy...!

SOLE. (*Desde el balcon.*) Es el señor cura.

CAND. Gracias a Dios.

TINA. (*Respirando a sus anchas.*) ¡Chavó...! Con er susto de enantes me se derrama la sangre en er corasón de una manera... (*Echa un buen trago y le rebosa el vino.*)

CAND. ¿Ná más que la sangre se te derrama, gorrón?

TINA. Hombre, Candelaria, que por una confiansa que yo me he tomao, no hay que insurtá ni ponerse así. ¡Chavó! Que la tiene usté tomá conmigo.

CAND. Y tú la tienes tomá con esa botella, sinvergonsón.

TINA. ¡Vamos, hombre... (*Se limpia con una de las servilletas que hay sobre el aparador.*) Hasta las botas m'ha llegao... (*Se limpia con la servilleta una bota y la vuelve a poner muy dobladita sobre el aparador.*)

D. DIM. (*Entrando por la primera puerta de la izquierda, seguido de Germán. Este trae el brazo perfectamente vendado y encabestrillado.*) Hola. (*A Tinaja.*) Dios te guarde.

TINA. Buenas noche, don Dima y la compaña... ¿Cómo va eso, Germán?

GERM. ¡Pchs! ¿Cómo quiés que vaya...? ¡Mardita sea!

CAND. No te desesperes, hombre.

GERM. Dos meses dise el médico que he de estar así... ¡¡Dos meses!!

D. DIM. Y puedes darle muchas gracias a Dios.

GERM. (*Irónico.*) Sí...

D. DIM. (*A Tinaja.*) Me ha dicho el doctor que fuistes ayer con el pequeño...

TINA. Si, señó, como er condenao se traga tó lo que ve...

CAND. Tiene a quien salí...

TINA. Pos se l'ha enritao una mijita el estórgamo. Ya se irá jasiendo. Ahí l'ha mandao unas cosas que yo me

he hecho un lío, porque, verá usté: primero me dijo una cuchará grande de marnesia con un poquito de eso otro... de eso de la letanía.

D. DIM. ¿Cómo?

TINA. Bueno, por la letanía m'acuerdo yo. Aspérese usté. (*Mirando al techo y recordando.*) «Mater la inviolatra...» «Mater la intemerata...» Es más p'alante... «Virgo pedricanda...» «Virgo voten...» «Virgo clemen...» Eso, clemen.

D. DIM. ¿Qué?

TINA. Marnesia y clemen.

D. DIM. Será cremor.

TINA. Lo mesmo dá cogélo que agarrálo. Yo digo clemen y me entienden en la botica.

D. DIM. ¿Y por qué te has hecho un lío?

TINA. Hombre, porque primero me dijo que una cuchará grande de marnesia y luego ar salí me dijo que de marnesia casi nada.

D DIM. Te diría calcinada.

TINA. Lo mesmo dá cogélo que agarrálo.

D. DIM. En este caso no dá lo mesmo.

TINA. ¿Pero...?

D. DIM. Mira, tú no hagas nada, que Aurelia mañana le dará al chico lo que sea menester.

TINA. Como usté guste.

CAND. (*A Don Dimas.*) ¿Se dice algo por ahí de ese hombre?

D. DIM. ¡Figúrate...! Como aquí no ocurre nunca nada, gracias a Dios, el haberse evadido ese hombre de la cárcel de Valzorro trae revuelto a todo el mundo. Creen algunos que el fugado va a venir aquí, a saldar con Rebeca alguna cuenta atrasada...

REBE. ¡Bah!

D. DIM. No creo que tenga ganas de buscarle tres pies al gato, ¿verdad?

TINA. Como hay en este mundo una gente tan atravesá, er sinvergüensa de Grabié Ruí, ese que hase los romanses de los crímenes y pinta unos cartelones explicando como fué er susedío...

BILLA. Sí, hombre, Grabié er Melliso, el hijo de Ochoteco.

TINA. Ese.

BILLA. El poeta.

TINA. Pos er poeta dise que a él lo que le conviene es que

el asesino venga a Villaleda, mate a tres o cuatro más, lo vuelvan a prendé y lo ajorquen, porque si ocurre to eso se hase él de oro.

CAND. ¡Qué bestia!

TINA. Ya tiene pintao parte del carté. Ha hecho un retrato de Rebeca, que no se parese en ná, pero que es un retrato, y debajo ha puesto:

Esta mujé que aquí se pinta
es la llamada Rebeca,
que cuando er día del crimen
iba con el hombre fiera,
más fiera que seis lopardos
dos tigres y diez panteras...

SOLE. (*Que miraba por el balcón.*) ¡Ay...!

CAND. ¿Qué?

SOLE. Ahí está ya la pareja, don Dimas.

TINA. ¡M'alegro!

ANT. (*Seguido de Panizo, por la primera puerta de la izquierda.*) Don Dimas, ahí está la pareja.

PAN. Buenas noches. Ahí están ya esos hombres.

TINA. ¿Habéis venío con ellos?

ANT. Dende la plaza.

TINA. ¿Miéo?

ANT. ¿Miéo nosotro? ¿A santo de qué? Mieo lo tendrás tú que tu nombre figura en er sumario.

TINA. ¿Mi nombre? ¿Por qué?

PAN. Eso nos ha dicho er cabo Zurrimendi.

TINA. ¿Pero por qué, mardita sea la má?

ANT. Hombre, porque tú fuistes er que los llamaste y le contaste lo que había pasao.

TINA. ¿Y eso lo sabe el asesino?

ANT. Naturá. Er sumario se le lee siempre al interesao.

TINA. (*Miedosísimo.*) ¡M'ha perdío a mi ese hombre...! Con rasón lo tenía yo atravesao, y en lugá de Zurrimendi le llamaba yo «Surrapandi».

PAN. Cállate, que aquí están...

D. DIM. A ver unas silas... (*Se levantan todos.*)

GERM. (*Aparte a Rebeca.*) Espérame luego...

REBE. (*Angustiada.*) No, hoy no...

GERM. ¿Pero...?

REBE. ¡¡No...!! (*Se separa de él.*)

AURE. (*Que no quita los ojos de ellos.*) ¿Eh...?

ZURR. (*Entrando por la izquierda, primera puerta, seguido de Rendón.*) Buenas noches, señores.

REND. Salú ..

TODOS. Buenas noches.

D. DIM. Vengan con Dios, amigos.

ZURR. Aquí nos mandan a hacerles a ustedes compañía.

D. DIM. Si, ya me habían dicho... Pero siéntense.

ZURR. No, señor, muchas gracias. Es abajo adonde debemos estar.

D. DIM. ¿Pero ni una taza de café, ni una copa...?

REND. (*Rápidamente.*) Luego.

ZURR. Hemos subido solamente a preguntar a usted si ha visto algo, o si tiene indicios, o así...

D. DIM. En absolulo.

ZURR. Pues daremos un vistazo por la huerta y ahí abajo nos sentaremos...

D. DIM. Como gusten. Creo que es perder el tiempo...

REND. Claro, señó. Como si er gachó ese se estuviera chupando er deo... ¡Vamos!

ZURR. Quien manda, manda, pues, y cuando así mandan, razón tendrán. Ea, ya saben dónde estamos. Hasta luego, pues.

D. DIM. Hasta luego.

REND. Que eso der café, y de la copa, y der sigarro puro, no hay que orvidarlo, don Dimas.

ZURR. ¿Eh?

REND. (*A Zurrimendi.*) No me mire usté así, hombre... Usté como es del Norte no entiende siertas cosas. Yo puedo hablar así porque soy de por acá y aunque guardia, soy paisano, ¿verdad?

TINA. Claro, hombre. Me voy con ustede.

REND. Salú.

TINA. Abajo estoy, por si se ofrese argo. (*Haciendo mutis con Zurrimendi y Rendón por la primera puerta de la izquierda.*) (De estas dos niñeras no me separo yo hasta que haigan agarrao al asesino.) (*Se van.*)

CAND. (*A Germán.*) ¿Vas a acostarte?

GERM. Sí.

CAND. Anda, te ayudaré.

GERM. Deje usté, agüela.

CAND. Vamos, anda...

AURE. Recuerde usté, Candelaria, que Germán no ha senao ná esta noche...

CAND. Es verdá... Prepárale un vaso de leche con un par de yemas muy batidas.

AURE. Si, señora. *(Se va por el corredor de la izquierda.)*

CAND. Hala, vamos a tu cuarto.

GERM. (*Pacientemente.*) Está bien. Buenas noches... (*Rebeca esquiva su mirada.*)

TODOS. Buenas noches.

D. DIM. Que descanses, hombre, y que te mejores.

GERM. Muchas gracias. (*Se va con Candelaria por el corredor de la izquierda. Todos le ven ir con profundo pesar.*)

BILLA. ¡El pobre!

PAN. ¡Lástima da!

ANT. ¡No somos naide...!

SOLE. Bueno, nosotros también nos vamos. ¿Nos acompañan ustede?

MAR. ¡Ay, sí...! Porque lo que toca yo sola, ni por cien mir duros.

BILLA. Andando.

ANT. Vamos.

SOLE. Hasta mañana.

D. DIM. Si Dios quiere.

MAR. Buenas noches.

BILLA. Salú.

PAN. Descansá.

ANT. Condió.

D. DIM. Adiós, adiós... (*Se van por la primera puerta de la izquierda Mariquilla, Soledad, Billarda, Antoñito y Panizo.)*

REBE. (*Intentando marcharse.*) Yo también...

D. DIM. No te vayas, Rebeca, que tengo que hablarte de un asunto muy grave.

REBE. (*Temerosa.*) ¿A mí? (*Mira inquieta hacia la puerta de su cuarto.*) ¿Acaso...?

D. DIM. Siempre has sido rebelde al consejo... rebelde a todo—ya voy conociéndote—; pero, a pesar de tu rebeldía, tengo la esperanza de que no has de negarte a lo que te voy a pedir.

REBE. Usted dirá.

D. DIM. ¿Te acuerdas de lo que hablamos anoche Germán, tú y yo?

REBE. Sí, señor.

D. DIM. En ese caso tienes que reconocer que aunque vuestras relaciones no fuesen muy de mi agrado, tampoco me opuse a ellas de un modo incondicional, puesto que os dejé entrever la posibilidad de que consentiría en que os unieseis antes de veros viviendo juntos fuera de la ley de Dios.

REBE. ¿Y a qué viene ahora...?

D. DIM. A que comprendas que si hoy te hablo en tono distinto al de ayer no es porque me vuelva atrás de lo dicho, sino porque vuestra situación ha cambiado fundamentalmente después del desgraciado percance ocurrido a Germán.

REBE. No comprendo.

D. DIM. Razonemos un poco. Sin meterme a medir los grados de afecto que ese pobre hombre te inspire, es indudable que a tu cariño se asocia la idea de la conveniencia. ¿No es así?

REBE. Así es.

Pues bien: Germán después del accidente de anoche no puede ser ya el gimnasta con que has soñado; el médico dice que no recobrará jamás su antigua fuerza... ¡Gracias a que le quede la suficiente para poder seguir destripando terrones...! Siendo así, yo te pregunto: ¿Tú estás dispuesta a renunciar a tus ilusiones, a quedarte aquí para siempre, a no ser más que la compañera de un pobre gañán...? Contéstame francamente.

REBE. No.

D. DIM. Eres sincera. Eso te honra.

REBE. No crea usté, porque le contesto sin tapujos, que mi cariño a Germán es fingido. No, señor, le quiero como no he querido a ningún otro hombre; pero yo aquí encerrada no puedo vivir.

D. DIM. Pues si para tí es imposible vivir aquí y para él lo es igualmente seguirte, debes comprender también que la situación en que os encontrais reclama una solución inmediata.

REBE. ¿Y usted sabe cuál puede ser?

D. DIM. No hay más que una: que tú te vayas.

REBE. ¿No hay otro medio?

D. DIM. No. Debes irte, y debes irte cuanto antes. Si es verdad que quieres a Germán, en nombre de ese amor te lo aconsejo. El te quiere ciegamente, pero todavía en su cariño hay algo de imaginación; todavía puede curarse... No hagas irremediable su desventura. Vete pronto, Rebeca.

REBE. Sí. Tal vez sea ese el medio de arreglarlo todo... Porque en este momento no se trata solamente de él y de mí, se trata...

D. DIM. ¿Eh?

REBE. No sé si debo decírselo a usted...

D. DIM. No temas, habla.

REBE. Hablaré, pero usté tiene que oirme como oye a los que confiesa: sin contar a nadie lo que yo le diga. ¿Me lo promete?

D. DIM. Te lo prometo.

REBE. Entonces...

D. DIM. Di.

REBE. Le hago a usté una proposición: Yo me voy ahora mismo, si usté, a cambio, me ayuda a sacar de esta casa a... Daniel, que está aquí...

D. DIM. (*Asombrado.*) ¿Eh...? ¿Daniel...? ¿El que mató...?

REBE. En mi cuarto le tengo escondido desde anoche...

D. DIM. ¡Jesús...!

REBE. Para evitar un nuevo crimen, es preciso hacer que se escape al momento.

D. DIM. ¿Cómo un nuevo crimen?

REBE. Si él y Germán llegaran a encontrarse...

D. DIM. Sí, tienes razón... Pero no es tan fácil como crees proteger su fuga. Los guardias están a la puerta...

REBE. De usted no puede sospechar nadie. Si nos ayuda, esta misma noche nos veremos en salvo...

D. DIM. ¿Estás resuelta a irte con él?

REBE. Sí, señor, correré su suerte. Y no le sigo porque le quiera... Al contrario... le temo... Me voy con riesgo hasta de que me mate, pero me voy por lo que usted ha dicho... Germán no puede ser ya mi hombre y yo no quiero que sea infeliz por culpa mía... Dejando de verme me olvidará... (*Conmovida, pero con entereza.*) ¡Si yo supiera llorar, lloraría ahora... pero yo no he podido llorar nunca...

D. DIM. Tienes un alma noble, enmedio de todo. ¡Lástima que tierra tan bien dispuesta no quiera dejarse cultivar!

REBE. No hablemos de eso ahora, sino de lo que urge... ¿Quiere usted ayudarme o no?

D. DIM. Sí, quiero. Tal vez haga mal, pero yo no tengo obligación de entregar a nadie...

REBE. En ese caso, pensemos el modo... (*Se oye hablar dentro a Candelaria.*)

D. DIM. Calla, vienen esas... Ven a mi cuarto... Allí estudiaremos la manera...

REBE. Sí, y que Germán no sepa nunca...

D. DIM. No temas. Lo haces por su bien.

REBE. Por su bien, sí; pero él no me lo agradecerá.

D. DIM. Yo te lo agradezco por él, y sobre todo, es una buena obra que te la agradecerá Dios, que es quien tiene que agradecértelo. (*Se van por la escalera de la derecha.*)

CAND. (*Entrando en escena por el corredor de la izquierda, seguida de Aurelia.*) ¡Como él diga que no...! No he visto cabeza más dura. En eso tiene a quién salir, porque su padre, que en gloria esté, como dijera un viernes «hoy es domingo....» hasta tenían que cerrar las tiendas.

AURE. ¿No tomó el candiel?

CAND. Ni probarlo.

AURE. ¿Y se acostó?

CAND. Se ha echao de cualquier manera. No ha querido desnudarse, porque dise que si pasa argo, como solo no se puede vestir...

AURE. (*Irónica.*) Sí, ya me hago cargo... (*Mira con odio a la puerta del cuarto de Rebeca.*) Lo comprendo.

CAND. Bueno, tú guardarás eso, ¿verdá?

AURE. Sí, señora, acuéstese usté.

CAND. Hasta mañana, hija.

AURE. Si Dios quiere.

CAND. (*Haciendo mutis por la escalera de la derecha, y suspirando, cansada y ruidosamente.*) ¡Ay, Dios mío de mi alma...! (*Vase.*)

AURE. (*Quitando los platos y el mantel de la mesa.*) Ella le dijo que no; pero él vendrá a buscarla, estoy segura. Cuando ni siquiera ha querido acostarse... ¿In-

tentarán acaso...? ¡Tengo yo que enterarme...! *(Apaga la luz. No queda más luz en escena que la que entra por el balcón. Aurelia se sienta entre las dos puertas de la derecha. Pausa. Dentro, lejos, se oyen las voces de Tinaja, Rendón y Zurrimendi, que se van acercando más cada vez.)*

TINA. (*Dentro y claramente.*) Asperarse, que ahora sacaré yo tres sillas.

REN. ¿Pero tú también...?

TINA. Tengo yo mucho gusto en acompañarlos a ustede...

AURE. (*Levantándose sin hacer ruido.*) ¿Eh...? (*Queda escuchando.*) Sí. (*Se oculta tras la primera puerta de la izquierda. Muy sigilosamente entra Germán en escena, se acerca al balcón, lo cierra, y después de cerciorarse de que no es visto por nadie, entra en el cuarto de Rebeca y cierra la puerta tras sí. Pausa. Aurelia surge nuevamente, atraviesa la escena de puntillas, aplica el oido a la puerta del cuarto de Rebeca y escucha. Las voces apagadas y roncas de Germán y Daniel discuten dentro. Aurelia, aterrada, se lleva una mano al corazón. No puede ni gritar de espanto.*) ¡Ah...! ¡Dios mío...! ¡Dios mío...! *(Temblorosa, tambaleándose, desaparece por la escalera de la derecha. Pausa. La puerta del cuarto de Rebeca se abre violentamente, y salen de él Germán y Daniel. Germán enciende la luz y quedan los dos frente a frente, mirándose con ira de arriba abajo.)*

DANI. ¿Qué venías a buscar a ese cuarto?

GERM. ¿Y... tú, qué hacías en él?

DANI. ¡No preguntes y contesta!

GERM. No quiero. Tú no eres más que un hombre escapao a la justisia, a la que hay que entregarte otra vé.

DANI. Eso es lo que tú sabes, entregar a la justisia a los que te estorban. Ya sé que están abajo los guardias; anda, avísales, ¡cobarde...!

GERM. Yo te entregué a tí después de haberte dejao er paso libre pá que huyeras, y después de haberte vensío cara a cara. ¿Qué querías? ¿Que te hubiera consentío además matá a una mujé?

DANI. ¡Ojalá la hubiera matao...! No te hubiera visto ahora entrar en su cuarto a tratar de robármela, aprovechándote de que me creías en la cárcel...

GERM. Yo no robo ná a naide. Cuando entro en un sitio es porque tengo derecho pá entrá.

DANI. ¿Y quién t'ha dao derecho pá entrar ahí? ¿Ella?

GERM. ¡Ella!

DANI. ¡Mentira...! Esa mujer es mía... Me ha querido...

GERM. T'habrá querío antes; ahora no quiere a naide más que a mí.

DANI. ¿Te atreves a decírmelo?

GERM. ¡En tu cara...! (*Desafiándole.*) ¡¡Qué!!

DANI. ¡¡Defiéndete!!

GERM. ¿Me lo dices porque supones que no puedo, porque sabes que tengo el brazo y el hombro partíos?

DANI. ¿Eh...? ¿Que tienes roto...?

GERM. ¿No lo estás viendo...? Pero no te apures, con er brazo que me quea tengo yo fuerzas pa defenderme.

DANI. (*Conteniéndose.*) ¡No!

GERM. ¿Eh?

DANI. Yo no ataco a un hombre indefenso.

GERM. Si te la echas de generoso, vas a obligarme a decirte otra vez que Rebeca me quiere.

DANI. ¡Calla!

GERM. Y te lo diré sien veses seguías... ¡Rebeca me quiere...!

DANI. ¡Calla, maldita sea mi vida, o te parto el corazón...! (*Al ir a lanzarse sobre él, entran en escena por la derecha don Dimas, Rebeca y Aurelia.*)

REBE. ¡¡Daniel...!!

AURE. ¡¡Germán...!!

D. DIM. ¡Alto ahí...! ¿Va usted a cometer un nuevo delito...?

DANI. ¿Qué me importa estando ya descubierto...?

D. DIM. ¿Descubierto...?

DANI. ¿A qué vienen ustedes, sino a sorprenderme y a delatarme?

REBE. Te equivocas, Daniel. Vienen precisamente a lo contrario, a facilitarte el medio de que huyas.

DANI. ¿Eh...?

D. DIM. Sí, puede usted salir sin temor de esta casa. Nadie le delatará.

DANI. ¡Salir...! ¿Pero no están ahí fuera los guardias...?

REBE. El señor cura ha prometido entretenerlos mientras tú escapas.

DANI. ¿Cómo...? ¿Usté...?

D. DIM. Aurelia y Rebeca le pondrán en lugar seguro. Saltando la ventana del corralillo, puede salir por la puerta de la huerta, que da al campo.

GERM. Darle mi manta a cuadro y mi sombrero... Si alguien le ve creerá que soy yo.

DANI. ¿También... usté me ayuda?

GERM. Acaba de negarse a reñí conmigo siendo más fuerte... Le pago la deuda.

DANI. Gracias.

D. DIM. No hay tiempo que perder, mano a la obra. Cuando estén los guardias aquí...

GERM. Yo los llamaré. (*Abre el balcón y dice asomándose.*) Señore, aquí hay una copa y un sigarro...

REND. Pa luego es tarde. (*Pausa.*)

D. DIM. ¿Suben?

GERM. (*Retirándose del balcón.*) Sí.

AURE. (*Indicando el corredor de la izquierda.*) Por aquí.

DANI. Gracias a todos. (*Mutis de Aurelia y Daniel. Rebeca da un paso hacia Germán, pero, ante la severa mirada de Don Dimas, se detiene, baja los ojos y hace mutis, como los demás, por el corredor antes citado. Dentro, cerca, se oyen las risas de Tinaja y Rendon. Don Dimas saca del aparador unas botellas y unas copas y las pone sobre la mesa.*)

REN. (*Entrando en escena riendo.*) Este Tinaja es un tío de gracia.

ZURR. (*Idem.*) ¡Dice unas cosas...!

TINA. (*Desde la puerta.*) ¿Se armite un gorrón, don Dimas?

D. DIM. Sí, hombre, ¿cómo no?

TINA. ¡Ole...!

GERM. (*Repartiendo pitillos.*) Ahí va un sigarro.

ZURR. Gracias.

REN. Se agradece.

TINA. Estimando.

D. DIM. (*A Zurrimendi.*) Pero siéntese...

ZURR. No, señor, señor cura, muchas gracias. Para un minuto que vamos a estar...

D. DIM. A su gusto. ¿Anís o ginebra?

ZURR. Anís.

REN. Y yo también.

TINA. Hombre, pos a mí la ginebra me arma más el cuerpo.

D. DIM. (*Llenando las copas.*) Pues ahí va ginebra.

REN. (*Que se ha sentado y se dispone a encender el pitillo.*) Cabo Zurrimendi, a vé esa fosforerita de plata que tiene usté en tanta estima.

TINA. (*Idem.*) Hombre, sí.

ZURR. Ahí va... (*Busca en los bolsillos.*) ¿Eh...? Ya me la dejé en casa. ¡Tengo una memoria...!

TINA. (*Bebiendo y paladeando.*) De eso andamos tós malamente. A mí también se me orvía tó. Ahora mesmo, que acabo de tomá ginebra, no me acuerdo yo de a lo que sabe el anís.

D. DIM. Pues toma, hombre, para que lo recuerdes. (*Le llena la copa.*)

TINA. Está usté en tós los toques, Don Dimas.

REN. También mi mujé tiene una memoria... ¡Josú! (*Zurrimendi, que cree haber escuchado un ruido sospechoso dentro, se acerca a la puerta de la izquierda, primer término, y escucha. Don Dimas y Germán siguen sus movimientos con el ansia que es consiguiente.*)

TINA. No me hable usté a mí de eso, porque mi difunta Josefa, que en gloria esté, Dios la haiga perdonao y allí nos espere muchos siglos, era pá eso de la memoria fatá, lo que se dice fatá. Yo creo que er día que se murió, se murió porque se le orvió viví. ¡Era tan serrá de «sienes» la probesita...! ¡A mí me jugó ca trastá...! ¿Se acuerda usté de lo de los sellos cuando mi reusma, don Dimas?.

D. DIM. Sí, hombre, aquello estuvo bueno. Cuéntalo...

REN. ¿Qué fué?

TINA. Que tenía yo un «reusma» en este hombro que estaba bardao; ná de tonterías, bardao. Me pasaba er día de un lao pa otro, trajinando y cuando me apretaba er doló tenía que salí corriendo pa casa, de bardao que estaba. Bueno, pos fuí a casa der médico y fué er médico y me mandó dos sellos, y no fiándose de mí, va y le dise a mi mujé: «Que tome un sello de estos ahora y al amanesé, cuando oiga usté que canta er gallo le dá usté el otro.» Y ella me dió er primer sello, y cuando al amanesé cantó er gallo, bajó ar gallinero y le dió el otro sello ar gallo. (*Risas.*) ¡Lo estirao que se quedó el animalito!

ZURR. Bueno, vamos para abajo.

REN. Vamos.

TINA. Arzando.

ZURR. Muchísimas gracias, señor cura.

REN. Lo mismo digo.

TINA. Yo ya no le doy las grasia. Si tuviera que darle las grasia por toas las cosas güenas que hase conmigo, no tendría tiempo más que pá eso.

D. DIM. (*Muy complacido, al ver que Aurelia entra en escena por el corredor de la izquierda.*) ¡Anda, anda...! (*Dándole un golpecito cariñoso en la espalda.*) ¡Buena pieza!

TINA. (*Creyendo que alude a un remiendo muy grande y muy burdo que lleva en la chaqueta.*) Sí, señó; pero siempre no puede uno dí estrenando.

ZURR. Por nosotros, señor cura, puede usted cerrar la puerta de la calle cuando quiera.

D. DIM. Pues ahora mismo. (*Se van por la primera puerta de la izquierda Don Dimas, Zurrimendi, Rendon y Tinaja. Pausa.*)

GERM. (*A Aurelia, a media voz.*) ¿Dejaste en sarvo a ese hombre?

AURE. Sí.

GERM. ¿Nadie notó ná?

AURE. Nadie.

GERM. Menos mal. ¿Y Rebeca?

AURE. (*Sorprendida por la pregunta.*) ¿Eh...?

GERM. ¿Aonde está?

AURE. ¿Rebeca...? ¿Pero...?

GERM. (*Temeroso.*) ¿Qué...?

AURE. ¿Tú no sabías que ella...?

GERM. ¿Eh...? (*Comprendiendo.*) ¡¡Ah...!! ¡¡Habla...!! ¡Se ha escapao con él!

AURE. Yo creí que ella te había dicho que se iba...

GERM. ¡Si me lo hubiera dicho, la hubiera matao!

AURE. ¡Germán!

GERM. (*Desesperado.*) ¡Mala mujé...! ¡Víbora...! ¡¡Víbora...!!

AURE. No te pongas así.

GERM. ¡Me vió sin alas pá volá...!

AURE. Sosiégate, Germán. Ya ves que no merese que tú la quieras. Ella no te quería. Si te hubiera querido habría hecho lo que hacen los que te quieren: llorar junto a tí. (*Llora.*)

GERM. No llores, mujé, tú eres buena y los que son buenos no tienen por qué llorá.

AURE. (*Brusca transición.*) ¡No...! ¡¡No...!! ¡Yo soy mala... peor mil veces que Rebeca...?

GERM. ¿Qué dises, criatura?

AURE. Que la causa de tu desgrasia soy yo, que te la he buscao, por mis selos...

GERM. ¿Tú?

AURE. Yo era la mano oculta que deshacía tó lo que tú preparabas...

GERM. ¡¡Ah...!!

AURE. Yo soy quien rompió la rama de nogal.

GERM. (*Yendo hacia ella con la mano en alto.*) ¡¡Ah...!! ¡¡Infame...!!

D. DIM. (*Que ha entrado en escena, interponiéndose.*) ¡¡Germán!!

AURE. Sí, pégame, pégame, lo merezco... Lo hise porque no aprendieras lo que esa mujé te quería enseñá; porque no le sirvieses a ella, y tuvieras que volver los ojos a mí... Pero he cometío un crimen, he podío ser causa de tu muerte, te he dañao a ti. ¡¡¡A ti... por quien yo daría mi vida cien veces...!!! ¡Ya que tienes la mano levantá, pégame, mátame, pero perdóname, porque tó lo hise por quererte!

GERM. (*Llorando.*) ¡Cuando se quiere se hase tó...! ¡¡Rebeca...!! ¡¡Mi Rebeca...!!

AURE. (*A Don Dimas.*) ¡¡Dios mío...!!

D. DIM. (*A Aurelia.*) ¡Ten fe y espera! (*Telón.*)

FIN DE LA COMEDIA

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.
El contrabando, sainete. (Duodécima edición.)
De balcón a balcón, entremés en prosa. (Tercera edición.)
Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.
El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Séptima edición.)
La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.
El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música del maestro Ruperto Chapí.
Una lectura, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Celos, entremés en prosa. (Tercera edición.)
Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.
El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervos y Carbonell.
A primera fila, entremés en prosa.
El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.
Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.
Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.
Mentir a tiempo, entremés en prosa.
El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
El fotógrafo, juguete cómico en un acto.
El jilguerillo de los Parrales, sainete en un acto.
La neurastenia de Satanás, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.
Mari-Nieves, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Tentaruja y Compañía, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.

¡Por peteneras!, sainete lirico. Música del maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)

La canción húngara, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.

La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.

El medio ambiente, comedia en dos actos.

Coba fina, sainete en un acto. (Segunda edición.)

Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La nicotina, sainete en prosa (Tercera edición.)

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. (Cuarta edición.)

La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.

El modelo de Virtudes, juguete cómico en dos actos.

Lopez de Coria, juguete cómico en dos actos.

El bien público, sátira en dos actos.

El milagro del santo, entremés en prosa.

El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.

El Pajarito, comedia en dos actos.

El paño de lágrima, juguete cómico en tres actos.

Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos. (Segunda edición.)

Pastor y Borrego, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

La niña de las planchas. entremés lírico. (Segunda edición.)

Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.

Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.

El roble de la Jarosa, comedia en tres actos. (Tercera edición.)

La frescura de Lafuente, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

La casa de los crímenes, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)

La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.

La Remolino, sainete en un acto. (Segunda edición.)

Lolita Tenorio, comedia en dos actos.

Los que fueron, entremés en prosa,

La escala de Milán, apropósito.

La conferencia de Algeciras, apropósito.

El verdugo de Sevilla, casi sainete en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)

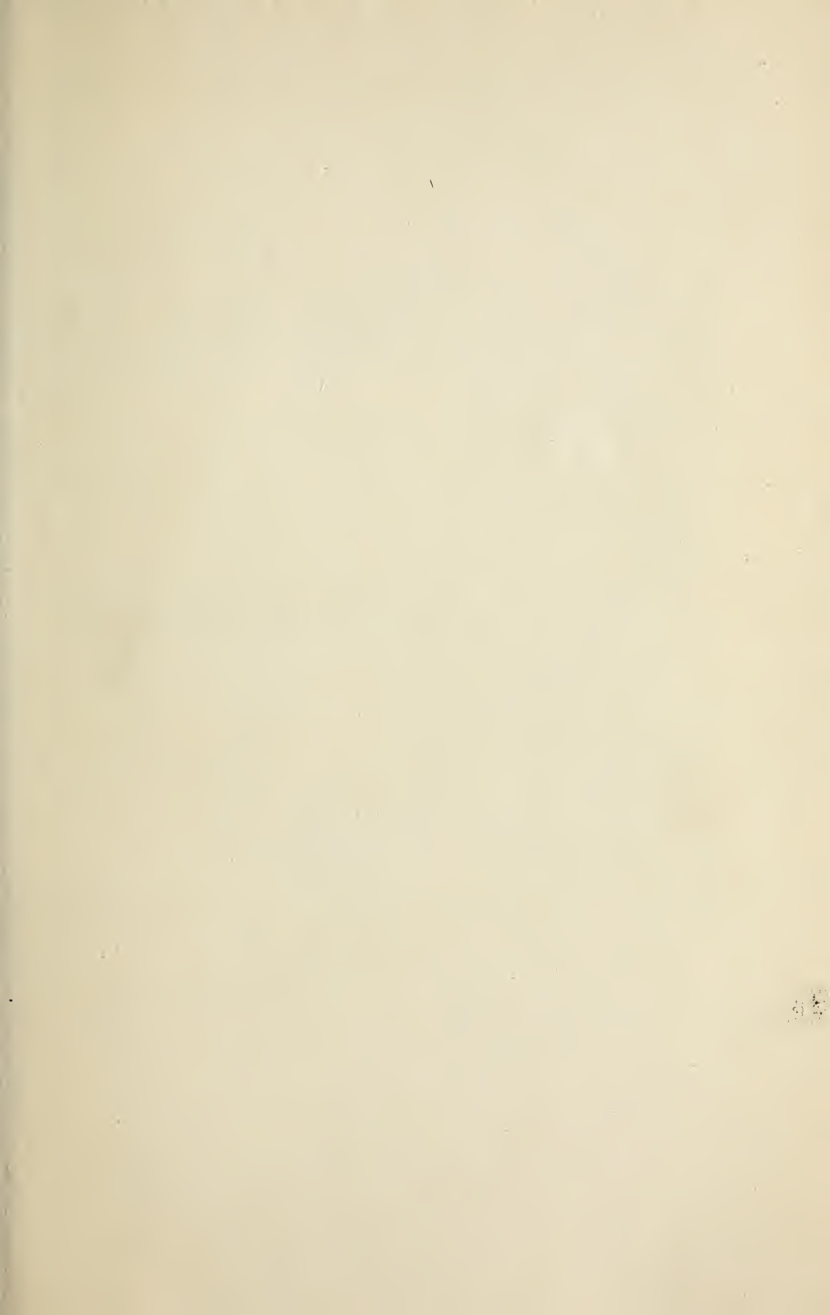
Doña María Coronel, comedia en dos actos. (Segunda edición.)
El Príncipe Juanón, comedia dramática en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)
El último Bravo, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)
La locura de Madrid, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)
Hugo de Montreux, melodrama en cuatro actos.
El marido de la Engracia, sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.)
La traición, melodrama en tres actos.
Los cuatro Robinsones, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)
Adán y Evans, monólogo.
El rayo, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Sexta edición.)
El sueño de Valdivia, sainete en un acto. (Tercera edición.)
Albi-Melén, obra de Pascuas, en dos actos, divididos en cuatro cuadros. Música del maestro Calleja.
El último pecado, comedia en tres actos y un epílogo. (Segunda edición.)
John y Thum, disparate cómico-lírico-bailable, en dos actos, divididos en seis cuadros. (Segunda edición.)
Los rifeños, entremés en prosa.
El voto de Santiago, comedia en dos actos. (Segunda edición.)
El Versalles madrileño, sainete en un acto.
El teniente alcalde de Zalamea, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)
De rodillas y a tus pies, entremés. (Segunda edición.)
La casona, comedia dramática en dos actos.
Los pergaminos, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
Garabito, chascarrillo en prosa.
La barba de Carrillo, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)
La fórmula $3\,K^3$, disparate en un acto. (Segunda edición.)
Las famosas asturianas, comedia en tres actos, de Lope de Vega. Refundición.
La venganza de Don Mendo, caricatura de tragedia en cuatro jornadas, original, escrita en verso, con algún que otro ripio. (Séptima edición.)
La verdad de la mentira, comedia en tres actos. (Segunda edición.)
Un drama de Calderón, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

Trianerías, sainete en dos actos, divididos en seis cuadros, con ilustraciones musicales de Amadeo Vives.
Los planes de Milagritos, apunte de sainete.
Las verónicas, juguete cómico-lírico en tres actos. Música de Amadeo Vives.
La Tiziana, entremés, con música de Manuel Font.
El mal rato, paso de comedia.
Faustina, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)
La razón de la locura, comedia gran guiñolesca, en tres actos. (Tercera edición.)
Los amigos del alma, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
El colmillo de Buda, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)
El condado de Mairena, comedia en tres actos y en prosa. (Tercera edición.)
La mujer, paso de comedia.
Pepe Conde o el mentir de las estrellas, sainete en seis cuadros, dispuestos en dos actos. (Tercera edición.)
La plancha de la Marquesa, juguete cómico en un acto y en prosa. (Segunda edición.)
Martingalas, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
El clima de Pamplona, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
Sanjuán y Sampedro, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. Refundición hecha para zarzuela, con música del maestro Taboada Steger.
Los misterios de Laguardia, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
La cartera del muerto, comedia dramática en tres actos. (Segunda edición.)
San Pérez, juguete cómico en tres actos.
El parque de Sevilla, zarzuela en dos actos. (Segunda edición.)
El castillo de los Ultrajes, juguete cómico en tres actos, adaptado del francés. (Segunda edición.)
La hora del reparto, sainete, con música del maestro Guerrero. (Segunda edición.)
El Fresco del Fuego, entremés.
El ardid, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
Los planes del abuelo, comedia en tres actos. (Segunda edición.)
El pecado de Agustín, comedia dramática en tres actos.
Dentro de un siglo, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)

La farsa, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
El número 15, sainete en tres actos. Música del mastro Guerrero. (Segunda edición.)
Tirios y Troyanos, juguete cómico en tres actos.
El sinvergüenza en Palacio, zarzuela en tres actos. Música de los maestros Vives y Luna.
La señorita Angeles, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
De lo vivo a lo pintado, juguete cómico en dos actos.
El conflicto de Mercedes, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
¡¡Plancha!!, entremés.
Regina, comedia en tres actos y un prólogo.
El Goya, juguete cómico en dos actos.
Los frescos, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
La pluma verde, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
El Rey nuevo, zarzuela en tres actos, original. Música del maestro Jacinto Guerrero.
¡Ay, que se me cae...!, monólogo.
Las hijas del Rey Lear, comedia en tres actos, original.
El filón, comedia en tres actos, original.
Las alas rotas, comedia en tres actos, original.

Cuentos y cosas, colección de cuentos, entremeses y monólogos.





Precio: 3,50 pesetas